

*Selecta*

*Mi*  *vidas*

**MIS**

**REGLAS**

*Julianne May*

Mi vida, mis reglas

*Julianne May*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleer  
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial

## Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la Real Academia Española* siempre está disponible para consultas.

*A mi amiga Dama, porque ni un océano nos puede separar.*

*A vos, lindo, porque jamás me voy a olvidar del momento en que surgió la idea de esta historia.*

*A las mamás del chat Cuarentena que, en este momento difícil, nos acompañamos entre todas.*

*Ya todos los que dudan, y caen vencidos, pero se vuelven a levantar.*

## Prólogo

Siempre existen esos momentos en los que crees que tu vida no puede empeorar más, hasta que un día -o una noche- descubres que no hay imposibles y mucho menos en la ciudad en la que los sueños se vuelven realidad. Claro que esto puede ser tan maravilloso como peligroso, pues no solo depende ti, créeme, sino también del hada madrina que esté disponible para ayudar...

Mi nombre es Adam Style, y esta es mi historia... o, al menos, esa pequeña parte de mi vida que jamás podré olvidar.

## Capítulo 1

«Estás despedido».

Sí. Esas fueron las primeras palabras que había oído en el día. Bueno, en realidad, las segundas después del matutino «*Loser*[1]» de mis dos hijos mellizos y preadolescentes. Digamos que solía ser el saludo afectuoso que me daban cada mañana antes de que partieran a la escuela. Y Vicky, mi escultural esposa, pues... no tenía tiempo ni para eso. Pero era algo que yo entendía. Vivía trabajando, pues ser una de las mejores relacionistas públicas de Hollywood implicaba varios *sacrificios*, o por lo menos eso era lo que ella decía. Y a mí de verdad que solo me importaba verla feliz, así que... sí, luego de esas mañanas, debía esperar durante todo el día hasta la noche a que alguien me dirigiera la palabra. Suena extraño, pero así era... Bueno, tal vez no siempre. Mónica y Bea, del sector de contabilidad, a veces me hablaban. No era que fueran largas conversaciones -porque, siendo honestos, no lo eran-, pero escuchar que alguien se dirigiera a mí aunque fuera con un «¡Hey! ¡Tú! Falta papel en el baño. Ve a comprar» era para mí suficiente. Al menos para saber que para alguien de mi trabajo yo existía. Y sé lo que estarán pensando: «¡Eres un idiota, *bro*[2]! ¡Deja ese trabajo de mierda!». Lo mismo que mi único y mejor amigo, Robert, me decía cada vez que nos juntábamos en la playa para terminar hablando de mi vida. Claro que lo último de lo que yo quería conversar era de mí, pero, luego de que lo observara montar y domar esas tremendas olas del mar californiano, pues se relajaba en la arena junto a mí a *reflexionar al estilo Robert*. En fin... Sabía a lo que se refería cuando me decía que renunciara, pero ese había sido mi primer y único trabajo por casi veinte años. En serio. Y sé que comprar papel higiénico o ser el eterno asistente personal de Hugh Lawrence, director de la compañía, nada tenía que ver con mi sueño de ser un gran columnista o escritor, pero lo tomaba como el trampolín ideal para lograrlo, pues no había persona que en todo el estado no deseara trabajar para el *California News*, el periódico más leído del oeste del país. Y el ver mi empleo de esa manera no era una mera fantasía mía. Hugh mismo me lo había asegurado el día que empecé a trabajar con él, cuando aún vivía mi madre. Me conocía desde mi infancia y, si bien aún no había cumplido del todo su promesa de nombrarme columnista de alguna de sus secciones, no dejaba de ser un gran hombre..., al menos hasta esa tarde de viernes.

-Lo siento mucho, Adam -dijo luego de que yo elevara la vista desde mi pequeño escritorio al haber oído el «Estás despedido».

No suelo ser una persona de esas que viven quejándose, pero, a decir verdad, aquella diminuta mesa nada se parecía a las del resto de la oficina. Eso sacando que la silla que solía usar tenía una de sus rueditas averiada desde tiempos inmemoriales... y esto sin tener en cuenta que estaba ubicado en un rincón, lo que me mantenía alejado de todo el departamento de inquietos y triunfadores periodistas. Sin embargo, según Hugh, el que yo me mantuviera al margen, alejado de

todo el mundo, no era más que una ubicación estratégica para darme una mejor vista de lo que *sería mi futuro*. No estaba tan seguro de su método, pero él insistía en que la *visualización directa* era la mejor técnica para inspirarme.

Solté la agenda en la que organizaba su día a día -ya que carecer de un ordenador o *tablet* era parte de la técnica, pues se suponía que, al no poseer nada de todo eso, crecería en mí el deseo por adquirirlo- y parpadeé más de la cuenta antes de que pudiera abrir la boca, algo a lo que me animaba solo porque ya no había nadie en la oficina a excepción de nosotros dos.

-¿Es... es una broma, Hugh? -Mi titubeo se entremezcló con mi agitada respiración.

Bajó la mirada y, al tiempo que inspiró profundo, colocó las manos en jarra sobre su cintura. Aquello hizo que pasara lo que todo el día murmuraban Mónica y Bea, pues su pecho, claramente trabajado en el gimnasio, se elevó más y se fundió con la camisa *slim fit*<sup>[3]</sup> turquesa que amaba lucir cada viernes. Y claro, sus *jeans* de tiro bajo me confirmaron que era cierto que usaba ropa interior fluorescente...

Como fuera, largó todo el aire, calculo que con pena, y volvió a mirarme a los ojos.

-En serio, me agradas y no tengo nada para decir en contra de ti, pero... -Suspiró inseguro. Se tomó unos segundos y, tras sacudir la cabeza, continuó determinante-. Pero ya es hora de que tomes un nuevo rumbo. Lo siento, Adam. -Y resopló como si se hubiera sacado un enorme peso de encima.

¿Era cierto? Veinte años trabajando para él y otros tantos más de relación cercana que había tenido -pero que no va al caso mencionar-, ¿y no tenía nada más para decirme?!

Fruncí las cejas y el sudor frío que sentí en mis sienes me impulsó a levantarme. Claro que la vieja silla de escritorio hizo que casi me cayera gracias a su *jamás reparada ruedita*. Pero, por fortuna, Hugh me tomó por el brazo, lo que evitó que terminara en el suelo junto al clásico asiento de los noventa.

-¿Despedido? -Volví a parpadear varias veces y, tras un incómodo silencio, necesité seguir-. Hugh, ¿me estás diciendo lo último que hubiera esperado escuchar de ti y no puedes darme un motivo más que debo tomar un *nuevo rumbo*? -expresé sin quitarle la mirada de encima, pero él no se atrevía a elevar la vista, y creí saber por qué. Pero mi silencio y mi espera lo obligaron a hacerlo.

-¡Oh, por Dios! ¡No hagas esto más difícil de lo que ya es, Adam! -exclamó alterado y al tiempo que se pasó una mano por su gris pero moderna cabellera.

Nos quedamos mirando fijamente por varios segundos. Y pude haber continuado presionando para saber por qué, pero, además de que no era mi estilo ni por lejos, sus cejas fruncidas, su respiración nerviosa y su mirada, suplicante y llena de culpa, me decían que el motivo era tan impronunciable que no sabría si sería más doloroso para él, al tener que decirlo, o catastrófico para mí al tener que escucharlo. No hacía falta hacer grandes deducciones... Tenía bien en claro que el «*loser*» que mis hijos usaban como saludo por la mañana era la palabra con la que toda la oficina me identificaba.



En pocas palabras, Hugh nunca había creído en mí como futuro periodista. O peor aún: en todo ese tiempo, yo no había conseguido que él creyera en mí. Bajé la mirada, asentí con la cabeza y simplemente hice lo que Adam Style haría:

-Está bien, Hugh. No lo sientas. Te entiendo. -Y lo abracé.

Sin dudas que aquello lo sorprendió y dejó sin aliento, pues apenas se animó a apoyarme una mano en la espalda, y yo, después de eso, simplemente me marché.

\*\*\*

-*¿Eres idiota?!* -gritó Rob. Por poco, destruye mi oído y el sistema de sonido de mi automóvil, por lo que agradecí no haber tenido el móvil pegado a mi oreja.

-Hey, cálmate, ¿sí? -Suspiré mientras mantenía la vista fija en el camino para volver a mi casa. Necesitaba relajarme-. Deberías haber estado allí. Pude sentir su culpa. Su mirada lo decía todo, Rob. Si tú hubieras...

-*¡Si yo hubiera estado allí, le hubiese apretado las bolas contra aquel estúpido escritorio que jamás te cambió desde que trabajas con él! ¡Y no lo hubiese soltado hasta que rogara perdón y te diera el maldito puesto que te prometió desde siempre, Adam!* -Y largó todo el resto de aire que tenía contenido.

Revoleé los ojos y frené ante la luz roja del semáforo.

-Rob, sé lo que dices y por qué, pero entiendo la posición difícil de Hugh. -Suspiré enojado conmigo mismo y avancé tras ver el cambio a verde-. El problema soy yo. Y si hay algo que debo admitir es que tampoco he hecho nada por merecerme un mejor lugar allí, así que...

-*¡Cierra el maldito pico de la versión drogada del Buda que te hayas aspirado! ¡El que ahora tiene una posición difícil eres tú! ¡Acabas de perder el trabajo y todavía te queda lo peor! ¡Ni yo quisiera lidiar con la zorra esa!*

-Calma, Rob... -le advertí, como siempre.

-*OK, perdón. No debí llamar «zorra» a la zorra de Vicky...* -Suspiró al tiempo que yo negué con la cabeza-. *En fin... Calculo que aún no le has dicho nada, ¿cierto? De lo contrario, no estarías vivo...*

-Rob... -suspiré.

La verdad era que, de algún modo, tenía razón. Vicky tenía un temperamento digamos que... fuerte, y sus aspiraciones eran, cada año, más altas. Y siendo honestos, no sabía cómo tomaría mi despido. O tal vez sí...

-*Prepárate para el discurso del fracaso, Adam. Y luego no digas que no te lo advertí...* -Respiró profundo. Podía sentir esa clásica furia que destilaba cuando hablaba de Vicky-. *¡Y hace doce años que te lo advertí! ¡Doce malditos años, Adam!* -Y volvió a bufar, pero con más fuerza.

Creo que no hace falta que mencione que Vicky, mi espectacular Victoria Valentine, no le caía para nada bien a mi amigo de toda la vida, Robert Hunter. Tal vez fuera por la intempestiva boda que tuve con ella, por el poco tiempo que nos conocimos o, simplemente, porque eran tan distintos y opuestos como lo son el agua y el aceite.

-Lo sé, Rob, lo sé... -Tragué saliva y traté de mantener mi habitual calma. Hubiera cerrado los ojos para tomarme unos segundos, pero, de haberlo hecho y con el tráfico de entonces, lo único que hubiese conseguido habría sido estrellar mi coche y sumar algo más para *el discurso del fracaso*-. Solo espero que no lo haga..., aunque también entiendo si decide hacerlo.

-¿Pero me estás jodiendo?! -Hizo un gruñido y casi que pude imaginarlo darle un sorbo a alguno de sus peligrosos *shots*[4]-. ¿Por qué demonios vives entendiendo las pendejadas de los demás?! ¿Acaso no te das cuenta de lo mal que estás, Adam?! -Y bufó.

Chasquéé la lengua.

-La entiendo porque sé que lo hace por mi bien. -Escuché su gruñido otra vez, pero seguí hablando-. Pensamos distinto, sí, pero ella misma me lo ha dicho, Rob. Solo quiere que yo sea feliz. -Y me sentí un poco más esperanzado al saber que, a pesar de todo, Vicky estaría allí para apoyarme... luego de sermonearme, claro.

-¿Feliz?! -Rio a carcajadas con la ironía y cinismo que tanto lo identificaban-. ¿Dices «feliz»?! ¡Por Dios, Adam! ¡Esa mujer solo analiza todo, absolutamente todo, en función de éxito o fracaso! ¿Crees que eso te ayudará a ser más feliz?! -preguntó resaltando la última palabra.

Respiré y, al ver que solo estaba a unas pocas manzanas, sonreí.

-Ya lo soy, Rob.

Bufó, resignado.

-Y apuesto lo que sea que no por ella.

Revoleé los ojos y negué con la cabeza. Si había alguien más testarudo que yo, ese era, sin duda alguna, Rob.

-Estoy cerca de casa, pero luego te llamo.

-*Olvidalo. Necesitarás venir. Créeme.* -Suspiró profundo, un poco más calmado-. *Te espero a la hora que sea que salgas del Infierno, ¿OK?*

Negué otra vez con la cabeza y volví a tomar aire.

-OK. Allí estaré. -Y corté la llamada, pues ya estaba en la puerta de mi hogar... La casa de los sueños de Vicky.

Creo que jamás me hubiese imaginado viviendo allí, en una de las zonas más costosas de Los Ángeles, pero no me desagradaba para nada. En especial al saber lo feliz que eso hacía a Vicky y a los niños. Y sí, tal vez fuera cierto que no era la mujer más afectuosa del mundo, pero ella misma lo decía: en un mundo tan competitivo y salvaje, no podía sobrevivir si no era como era. Y la entendía, después de todo, su constante anhelo era triunfar en lo que amaba trabajar. Y, si bien le era imposible bajar la guardia, tenía sus momentos en los que demostraba las emociones tan efusivamente que no parecía la Vicky de siempre. Uno de esos días fue cuando compré la casa de sus sueños ni bien nos casamos. Jamás podré olvidar su rostro iluminado, su sonrisa imborrable y los alaridos de alegría.

Bajé del automóvil y, aunque sabía que no la encontraría por lo tarde que ella trabajaba los

viernes, entré decidido a preparar su cena favorita mientras pensaba en cómo explicarle que la pérdida de mi trabajo no sería más que un tropiezo fácil de superar siempre que estuviéramos juntos, tal como lo habíamos hecho hasta entonces todas y cada una de las veces en que ella se vio en situaciones similares por su selvático empleo. Y estaba seguro de que, a pesar de todo, sería una gran noche. Una inolvidable para el resto de mi vida... Aunque no voy a mentirles: no estaba feliz por lo que me había pasado. Fue tan inesperado como doloroso, pero mi madre siempre me enseñó a levantarme tras caer y que no siempre las cosas grises de la vida son malas, sino incluso necesarias para que otras más maravillosas ocurran.

Pues bien... Mi mente estaba preparada para eso y para enfrentar, eventualmente, un posible *discurso del fracaso* que, en un inicio, me afectaría, sí, pero que, tarde o temprano, me serviría para ser más fuerte, ser mejor y seguir adelante. O eso es lo que siempre me decía Vicky. Así que entré y fui directo a la cocina para tomar dos copas y un vino que subiría a la habitación para luego de la cena. Era cierto: desde que nos habíamos casado que no bebía, pero estaría con ella, por lo que no me preocupé.

«Todo estará bien, Adam. Todo estará bien», me repetía mi buda interior mientras preparaba el tan exquisito guacamole que ella amaba. Agregaría unos nachos y la comida tailandesa la dejaría en manos del *delivery*.

Probé un poco de la pasta, hice el pedido y, sin apenas llegar a tomar las dos copas, fruncí el ceño.

El sonido repentino me fue inconfundible. Era reggaetón, y suspiré de solo pensar que justo ese viernes los mellizos no pasarían la noche en la casa de sus amigos, como siempre. Y era que, cada vez que podían -es decir, cuando Vicky no estaba-, no perdían la oportunidad de pasársela en nuestra alcoba con la música a todo volumen.

Suspiré profundo, pues dudaba de que me fueran a hacer caso, por lo que no podría estar mucho tiempo en mi propia habitación sin que me dedicaran alguno de sus *halagos*, como un «Piérdete, *loser*» acompañado del conocido gesto del dedo mayor. Pero, aun así, tomé las dos copas y la botella de vino para dejarlas en el dormitorio con la esperanza de que Vicky no llegara tan cansada y quisiera disfrutarla conmigo más tarde.

Subí el primer tramo de la escalera y, justo al llegar al descanso, el volumen aumentó.

«Relájate, Adam. Solo piensa en tu canción favorita y todo estará bien...».

Seguí, con los ojos entrecerrados, y entré al cuarto tan rápido como lo veloz que fui al cerrarla tras de mí. No quise alzar la vista enseguida. La verdad era que no, pues, si bien estaba acostumbrado a la forma en que me hablaban los niños, mi día no había sido el mejor para soportar mucho más. Respiré profundo, aún con la mirada baja y, tras elevar la vista para dejar las cosas en una mesilla que había al costado de la puerta, quise largar todo el aire, pero... la imagen me congeló.

-¿Vii... Vicky? -logré decir con un hilo de voz.

Es que... ¿cómo explicarlo? No sabía qué era peor: si el hecho de ver a mi esposa de espaldas,

semidesnuda, y con la cabeza subiendo y bajando de la entrepierna de alguien tapado por varias prendas, que claramente no era yo, o el hecho de que no me hubiera escuchado y siguiera en *su asunto*.

Acomodé la garganta y, apelando a que mi habitual tranquilidad me mantuviera así por mucho más tiempo, volví a llamarla.

-¡¿Vicky?! -exclamé, aunque más fuerte para que me escuchara. Pero no hubo caso. De hecho, pasaron varios segundos más, casi veinte, en los que tuve que contemplar cómo su cabeza seguía el movimiento al son de *Con calma*, de Daddy Yankee feat Snow.

¿Era una broma? Al parecer, no, pues todo seguía como si yo no hubiera entrado nunca. Y la verdad era que no quería ver cómo terminaría la escena. Tenía una fuerte tolerancia a la humillación, pero aquello me estaba superando.

Largué todo el aire de los pulmones, miré a mi alrededor y, tratando de negarme haber visto en el suelo el conjunto de ropa interior que yo mismo le había obsequiado pero que nunca había querido usar, busqué el control para apagar el *home theater*. Y solo cuando la música desapareció, pude escuchar el sonido que jamás podré olvidar aún en contra de mi voluntad: el de la boca de mi esposa *haciendo aquello...*, algo que yo solo había experimentado con ella al verla tomar del sorbete de un coctel, como mucho, y años atrás.

Tal vez fueron cinco segundos, no tantos como antes, por fortuna, y Vicky al fin se dio vuelta.

¿Cuál fue su reacción? Pues..., no sé si fue la que esperaba.

-¡¿Adam?! -preguntó con la frente fruncida tras girarse. Claramente estaba enojada-. ¡¿Qué demonios haces aquí?!

A ver... Entendía que la hubiera sorprendido, pues los viernes, como ella solía llegar tarde, había tomado la costumbre de verme con Robert ni bien salía del trabajo. A excepción de esta vez, claro.

Suspiré profundo, pero el hecho de verla con todo el torso desnudo, y con otro tipo, me hizo tartamudear y empezar a tocarme el pelo hacia el costado una y otra vez, algo que a ella la sacaba de quicio.

-Vi-vi-vi... cky, yo-yo-yo...

-¡Ay, pero ya deja de hacer eso! -Y bufó frustrada al mismo tiempo que se tomó la cabeza.

Respiré profundo y, como pude, dejé de tocarme el pelo.

-OK, OK... Solo que... -Volví a mirar sus enormes pechos, apenas retocados el año anterior por el doctor Sloan, y conseguí abrir la boca-. ¿Podrías taparte un poco? Es que... es un poco... incómodo, Vicky -dije, al fin, en un titubeo.

Puso los ojos en blanco y, sin pensarlo dos veces, tomó una de las tantas prendas que, sin que yo me hubiera percatado, habían estado tapando al *otro*.

Era una camisa.

*Slim fit.*

Color turquesa.

-¡¿H-Hug-Hugh...?! -alcancé a tartamudear.

Escuché un suspiro distinto al de Vicky y, luego de que esta se levantara de mala gana, pude ver cómo mi jefe -en realidad exjefe- se liberaba del resto de prendas para quedar sentado en mi propia cama, de frente y con la mirada puesta en mí. Y yo simplemente no sabía si mirarlo a él o a su pene, pues este aún se mantenía firme y, para entonces, apuntando directo a mí. Claro que me hubiera encantado pedirle que lo tapara con algo, pero tuve que limitarme a parpadear cada vez que mis ojos se dirigían a su generosa entrepierna, pues no me dio tiempo a hablar.

-Escucha... Yo no quería que esto ocurriera y menos que tú te expusieras a esto, pero...

Y Hugh hubiera continuado con alguna de sus clásicas explicaciones, pero ella, mi adorada Vicky, no lo dejó, pues, tras revolear los ojos, su voz sonó para decir lo último que yo hubiese querido escuchar en mi vida.

-No quiero estar más contigo, Adam -expresó tajante, a secas. Suspiró, se cruzó de brazos y, con la mirada más fría que alguna vez le vi, volvió a hablar-: Quiero el divorcio. Eso es todo.

Se hizo un breve aunque para mí eterno silencio en el que solo los frenéticos latidos de mi corazón parecían ser protagonistas. Y el pene de Hugh, por supuesto, pues, a pesar de la situación, no se bajaba y acaparaba toda la atención del cuarto.

Aun así, mi cabeza no pudo más que pensar en lo que Vicky, mi esposa, acababa de pedirme.

«¿Divorcio?».

Pero no llegué a decirlo, pues tal vez fueron solo dos segundos en los que alcancé a tragar un poco de saliva antes de que el sudor frío me atacara por completo. Todo se volvió más oscuro que mi suerte y, sin más preámbulos, caí de culo sin poder contestar a uno solo de los llamados de Hugh, aunque sí me quedaron grabadas las imágenes de él, desnudo, lanzándose para tomarme en sus brazos. Y hubiera deseado que lo último, antes de perder la consciencia, fuera eso, pero no, pues, al levantarme, la sensación de haber sido rozado por su pene fue la fresa del postre. Sin duda alguna, la vida parecía haber logrado su cometido de *golpearme* y humillarme hasta de la forma más literal.

Y sí... Una noche inolvidable. Tal como lo había presagiado.

## Capítulo 2

Me hubiera encantado no desmayarme y, por ejemplo, preguntar por qué ya no quería estar conmigo o, incluso, qué demonios se le había pasado por la mente para haber decidido llevar a mi *propia* cama a ni más ni menos que a mi exjefe, pero no fue así. De hecho, hubiera preferido no despertarme o, de haberlo hecho, que hubiese sido en cualquier otro lado -incluso en la calle- y no en el sillón de mi propia sala de estar, pues tenía a Hugh sentado del lado de enfrente, y solo una mesilla nos separaba al uno del otro.

-¿Adam? -se animó a pronunciar al verme despertar.

Me senté como pude, me fregué los ojos, pues todo aún estaba medio borroso, y volví a mirarlo... Tardé unos segundos hasta que suspiré resignado.

Es que... ¡¿Era en serio?! Acababa de descubrir que era el amante de mi esposa ¡¿y lo mejor que pudo hacer fue ponerse solamente el famoso *boxer* color fluorescente del que todas hablaban en la oficina?! Cielos... La verdad era que no sabía cuánto soportaría verlo así, con todo su cuerpo depilado y *made in gym* al aire. Aunque debo reconocer que, al menos, tuvo la decencia de mantener controlado a *su amigo*.

Agaché la cabeza y me la tomé con ambas manos. No podía mirarlo, no quería, pues ya no soportaba esa penosa mirada que a él parecía encantarle regalarme.

-¿Todavía sigues aquí? -me atreví a decir.

Lo escuché suspirar.

-Adam... Escucha, sé lo que estarás pensando, pero no es así. La verdad es que todo esto tiene un porqué. Y lo digo en serio. Créeme.

¿Indignación? Creo que como mínimo, pero solo suspiré otra vez. Pocas veces en mi vida sentí el deseo de estallar y dejar florecer ese lado salvaje que todos dicen tener, pero, siendo honesto, siempre creí que yo no lo tenía. Y, gracias al cielo, en ese momento nada cambió, porque por más que me imaginé saltando directo a su yugular, no lo hice. Para su fortuna, el deseo de saber por qué fue más fuerte.

Alcé la vista y vi su rostro tostado al mejor estilo California. Su ceja izquierda estaba alzada y su media sonrisa, esa que le marcaba el hoyuelo, no tardó en hacerse presente. Sabía lo que estaba por hacer... Sabía que después de esos dos gestos empezaba alguno de sus discursos motivacionales.

-Te agradezco, Hugh, pero no. Con esto no funcionará. Se trata de mi esposa y yo no puedo...

-¿Pero de qué estás hablando, Adam? -me interrumpió entusiasmado. Se puso en pie, se acercó para sentarse a mi lado y, con énfasis, puso una mano en mi muslo. ¿Incómodo? Solo imagínenlo-. Escucha, sé que Vicky es tu esposa y no creas que estoy orgulloso por lo que has tenido que ver, pero debes ponerte en su lugar. No es su culpa y tampoco es mía, ¿entiendes?

¿Entender? ¿Yo debía entender que mi esposa había elegido succionar la entrepierna de mi jefe en mi propia casa y que todo eso no era su culpa ni la de él?!

No pude evitar sentir una mezcla de rabia con confusión que, sin dudas, se expresó en mi entrecejo fruncido.

-Hugh... ¿hablas en serio? -Parpadeé varias veces, respiré profundo y volví a hablar-. Te tiraste a mi esposa.

Tomó aire al mismo tiempo que apoyó la espalda en el sillón.

-Bueno, eso si lo ves con tu mentalidad.

-¿Qué mentalidad?

-La del fracaso, Adam -afirmó Vicky con dureza. Acababa de acercarse y tenía las dos copas llenas de vino... Además de solo lucir la microtanga negra que yo le había regalado y la camisa turquesa de Hugh.

Caminó unos pasos hasta llegar al sillón de enfrente, y Hugh la acompañó para tomar una de las copas que ella le ofrecía y luego sentarse a su lado.

-No te molesta, ¿verdad? -me preguntó Hugh, y dio un sorbo. Pero no pude siquiera contestar, pues Vicky, como siempre, lo hizo por mí.

-Para nada, cariño. Hace años que Adam no toma alcohol.

OK... ¿Acaso era el vino que yo mismo había llevado a la habitación?!

Pues sí. El mismo. Y las copas también.

Suspiré profundo. Preferí no hablar y, aunque lo hubiera hecho, creo que a ninguno de ellos dos le hubiese importado, pues ambos bebían felices con la mirada clavada en el otro, como si yo no hubiera estado allí, mirándolos desde el sillón de la humillación.

Y, si no hacía algo pronto, volvería a ver una escena como la de mi habitación, pues no solo sus lenguas entrelazadas habían decidido que mi presencia les importaba una mierda, sino que también el *amigo* de Hugh se estaba despertando al punto de parecer que pronto terminaría por romper su ya estirado y fluorescente *boxer*.

Tosí, por supuesto... Aunque eso no ayudó tanto como hubiera deseado.

-Creo que deberemos detenernos o terminaremos por enfurecer al pequeño Hulk, cariño -dijo Vicky echando un vistazo a la entrepierna de Hugh. Se miraron y, claramente ignorando mi existencia, ambos sonrieron con complicidad.

OK... ¿Era una broma?! ¿Pequeño Hulk?!

¿Qué demonios les ocurría?! Y eso sin tener en cuenta que también me sentía ofendido porque Vicky jamás, en los doce años que llevábamos casados, le había puesto un nombre a mi cariñoso pene.

Como fuera... Tal vez la pregunta correcta no es qué les pasaba a ellos sino a mí, pues no podía hacer otra cosa que contemplar, a lo sumo, con extrema indignación la peor noche de mi vida.

Y no sé si hubiera podido hacer algo más que toser, pues ella no me dio espacio ni chance. Tras salir del embeleso por Hugh y su pene, volvió la mirada celeste y fría a mí y suspiró, casi

resignada.

-He hecho todo lo que pude por nuestra relación, Adam, pero así no funciona. Debe ser un trabajo de a dos, no solo de uno, ¿comprendes? -Se agachó un poco y tomó de la mesita que nos separaba unos papeles doblados-. Aquí tienes.

Miré su mano extendida por unos segundos y solo tomé el papelerío cuando ella, impaciente, agitó la mano para que me apresurara.

Apenas los miré lo supe. Eran del divorcio.

Hubiera llorado, lo sé. Pero no. Algo dentro de mí solo pedía una explicación.

-¿Qué es lo que he hecho mal, Vicky? Solo dime eso.

Ella parpadeó varias veces hasta que se cruzó de brazos y, nerviosa, tragó saliva sin quitarme la mirada de encima. Podía jurar que era la primera vez que ella no sabía qué responder. O tal vez sí lo sabía, pero le daba pena decírmelo.

-No lo sé, Adam... -Dirigió la vista hacia un costado-. Yo creo... Yo creo que... simplemente no eres para mí. Ya sabes... -Me miró de arriba abajo, para darme a entender que con ese gesto debía de alcanzarme como respuesta, pero me mantuve firme en mi postura de espera. Y al ver que yo no me movería hasta que me diera una respuesta más directa, bufó tras mirar a Hugh, quien permanecía callado, tal vez con algo de culpa-. *OK...* Cómo decirlo... -Se mantuvo pensativa unos segundos más hasta que respiró profundo y elevó los ojos para mirarme-. Sí, eso es: creo que has perdido la gracia.

-¿Gracia? -Fruncí las cejas al punto de sentir cómo se arrugaba toda mi frente-. ¿Acaso soy un payaso? ¿De qué estás hablando, Vicky?

Ella revoleó los ojos, lo que indicaba que había perdido toda la paciencia.

-¡Sí, no lo sé! Es que... ¡mírate! ¿No lo entiendes, Adam? -Me señaló con ambas manos.

Me miré solo un poco. No entendía si se refería a mis pantalones color caqui a la cintura, a mi camisa cuadrillé celeste o a mi pelo que siempre peinaba rigurosamente hacia un costado. Y en serio que no la comprendía, pues así había sido siempre... Bueno, excepto el día en que nos conocimos.

-Calma, cariño -le dijo Hugh a Vicky al tiempo que la abrazó por unos segundos. Y en cuanto se despegó de ella fue imposible no ver que su Hulk ya estaba listo para el ataque. ¿Qué demonios había tomado? Cielos...

-Adam...

-Tranquilo. A ti no te preguntaré, Hugh. Me ha quedado más que claro por qué me has echado -me animé a interrumpirlo.

Suspiró.

-Adam, sé lo extraño de la situación, pero la verdad es que lo que trata de decirte Vicky es lo mismo que pensamos el resto de los que te conocemos.

Alcé una ceja.

-¿De qué estás hablando, Hugh?



Ambos se miraron, pero sería él quien volvería a hablar.

-No lo sé... Quizá debas tomar nuevos rumbos o... ¿un cambio de *estilo*[5] tal vez?

¿Era en serio? ¿Era en serio?! ¿No le había alcanzado tirarse a mi esposa que encima se atrevía a burlarse de mí de esa manera?!

Y entonces sentí el mismo deseo que había experimentado doce años atrás. Mi cuerpo pedía liberarse, y mi mente ya no podía contenerse más. La furia estaba despejando el camino para ese yo que tanto me empeñaba en enterrar. Y probablemente hubiera salido, de no haber sido por el timbre que sonó y me permitió volver en mí.

Hugh se acercó a mí y, de esa manera imperceptible y convincente, logró que me pusiera en pie para que lo acompañara mientras Vicky se echó sobre el sillón para terminar de tomar su copa de vino y luego seguir con la que le había dado a mi exjefe.

Claro que, bajo ningún concepto, Hugh permitiría que me olvidara los papeles y, guiándome con una mano en la espalda al tiempo que me daba uno de sus *speeches*[6] motivacionales, abrió la puerta de entrada.

Era el *delivery*. El que yo había pedido.

-¡Oh! ¿Comida tailandesa? ¡Es la favorita de Vicky! -exclamó Hugh. Tomó el paquete y, tras despedir al muchacho, se dirigió a mí-. En fin... Adam, solo toma esto como algo positivo, algo bueno para cambiar tu vida. Y no te traumes con lo que has visto... -Suspiró pensativo aunque apurado-. Solo tómalo como una *visualización directa* de lo que podrías tener si te esfuerzas y lo deseas con todo tu ser, ¿OK? -Me dio una palmada en el hombro y, tras sonreír de lo más normal o como lo hubiera hecho un padre, me cerró la puerta en la cara... La puerta de *mi* propia casa.

Suspiré profundo y contuve el aire unos cuantos segundos, pero decidí irme al solo escuchar las risas de diversión que no habían podido contener siquiera unos minutos hasta que me fuera.

Sin dudas, se había convertido en una noche inolvidable... y que apenas comenzaba.

## Capítulo 3

No había podido pensar en otra cosa que no fuera en lo que me había dicho Hugh y que tan lamentosamente hería mi corazón, pues había sido una puñalada directa a lo máspreciado que me había dejado mi madre: su apellido. Y ni siquiera mi canción favorita, *Sunshine Reggae*, de Laid Back, había ayudado mientras manejaba hasta lo de Robert. ¿Es que, de verdad, yo, Adam Style, necesitaba un cambio de *estilo*? ¿Acaso eso podía ser la causa de toda la desgracia que había tenido la suerte de vivir en tan solo unas pocas horas?

Detuve el coche y, antes de bajar, me miré en el espejo retrovisor. ¿Tal vez el pelo rubio y engominado no se veía tan bien? O quizás mis pequeños ojos celestes se veían un poco monótonos con la holgada camisa a cuadros del mismo color... Quise pensar por unos segundos más, tratándome de convencer, pero no pude, no le encontraba el sentido.

Chasqué la lengua y, resignado, suspiré profundo. Seguir cuestionándome no me serviría de nada, así que solo me dispuse a entrar al negocio de Robert: L.A Jungle. No solía ir tan tarde, por lo que no me sorprendió el bullicio, o mejor dicho, los gritos que venían de adentro. La verdad era que a veces extrañaba aquellos viejos tiempos en los que solo se había tratado de un bar, pero era cierto que los números no le cerraban del todo... y claro, qué mejor idea que convertirlo en lo que era entonces: un club de *strippers*[7]... para mujeres. Y, por supuesto, nadie hacía problema por mi presencia. Los que me conocían ya sabían que era amigo de Robert, y los que no... pues calculo que ni me registraban.

-¡Pero miren quién ha llegado! -gritó Rob en cuanto me vio entrar. Como siempre, estaba tras la barra; amaba seguir siendo un barman[8]. Esperé a que me acercara y chocó su puño con el mío-. Antes que digas nada: ¿lo de siempre?

-Sí, claro, lo de siempre, Rob... -dije con tono desinflado. Y él no tardó en mandar a que lo prepararan.

Me acomodé en uno de los asientos que quedaban libres, respiré profundo y miré a mi alrededor. Solía ser uno de los clubes más populares, pero la verdad era que ese día estallaba, o al menos las chicas parecían estar más locas que de costumbre, pues no dejaban de gritar un nombre que supuse era del *stripper* que se presentaría.

-¿Un éxito en puerta? -me animé a preguntar.

Robert alzó las cejas y suspiró profundo.

-Eso espero, *bro*. -Y colocó, sobre la barra, un vaso y la jarra con limonada.

-¿Que eso *esperas*? -Su voz segura me hizo girar para verla. No es que suela ser algo en lo que me fije, pero el color amarillo huevo de su pelo teñido y pajoso era muy llamativo como para haberlo ignorado. Y eso sin mencionar el brillo plateado de sus *brackets*[9], que llegó a mis ojos en cuanto sonrió... o el enorme aro-collar de plástico fluorescente, de esos que brillan en la

oscuridad, y que llevaba en el cuello como muchas de las chicas que estaban allí. Estaba cruzada de brazos y, si bien tenía unas innecesarias gafas de sol, era claro que había tenido la mirada fija en el escenario del fondo-. Dalo por hecho, *bro* -expresó burlona. Se acercó hasta sentarse a mi lado y, tras apuntar a mi jarra, siguió-. Y será tan bueno que, en cuanto termine, prometo regalarte un trago de verdad... -Miró con más detenimiento y suspiró-. ¿Limonada? Por todos los cielos... - Negó con la cabeza y volvió a enfocarse en el bullicio.

-Mejor que así sea, Emily, porque si no, tu culo y tu perro volarán muy lejos de California y sin necesidad de un avión, ¿me oíste? -dijo Rob a secas, pero ella solo elevó un hombro sin importarle mucho.

OK... No entendía absolutamente nada. Aun así, me animé a tratar de bajar la tensión obvia que había entre ellos.

-Pues me alegra saber que al menos alguien tendrá éxito esta noche. -Y elevé mi vaso con la bebida que más amaba desde mi infancia.

La tal Emily giró su rostro hacia mí y apenas se bajó las gafas. Fue claro que solo lo había hecho para que viera cómo revoleaba esos enormes ojos verdes que luego dirigió al escenario.

Robert chasqueó la lengua al tiempo que negó con la cabeza, y estuvo a punto de volver a hablar, pero la oscuridad repentina, la voz al micrófono y el inicio de la canción de fondo, *I' ll say goodbye for the two of us*, de Exposé, lo impidieron. Era obvio que el éxito empezaría.

-¡Y ahora sí! ¡Necesito que griten bien fuerte todas las que necesiten un chequeo! -Con decir que casi quedé sordo es suficiente, pues hasta la misma Emily, que filmaba con su móvil, perdió la voz-. ¡Entonces levante la mano quien tenga el corazón roto! -Los brazos en alto no se hicieron esperar y otro grito pero más fuerte estalló en todo el club junto a una robusta señora que se sacó la blusa y dejó su par de gemelas tan solo cubiertas por un enorme sostén rojo-. Pues... ¡no se preocupen, preciosas, porque ya llegó él! ¡Con ustedes, el legendario Doctor Love! -gritó el presentador al tiempo que se vio volar por los aires la bata blanca del doctor, iluminada por una intensa luz.

Todas estallaron al unísono. Era un completo descontrol que aumentó en cuanto la luz dejó de alumbrar a la bata voladora para enfocarse en el hombre que se daría vuelta justo antes de que arrancara el estribillo, el que no sonaría pues estaría enganchado a otro tema. Y creo que todos, incluso Robert y yo, esperábamos ese momento que no tardó en llegar... desafortunadamente.

-¡¿Pero qué mierda...?! -gritaron algunas.

-¡¿Me están jodiendo?! -estalló la señora de enormes bubis.

Es que... ¿cómo explicar el problema? La verdad es que no sé muy bien cómo, pues el tal Doctor Love bailaba al son de *Temperature*, de Sean Paul, y creo que como debía según lo que entendía de los *strippers*: moviendo la pelvis frenéticamente hacia delante y atrás, con los brazos detrás de la cabeza y casi desnudo, por supuesto. Por lo que, en sí, el problema parecía más bien venir por otro lado, tal vez... ¿estético?

-¡¿Pero quién es este gordo en pelotas?! ¡Devuélvanme el dinero! -gritó otra mujer que parecía

estar festejando su despedida de soltera.

-¡Hey! ¡Conténgase, manada de adictas a los penes! ¡Es Doctor Love! ¡¿No lo entienden?! ¡Ha vuelto! -gritó Emily enfadada tras sacarse los anteojos.

-¡Pues cómete tú su pene lleno de grasas trans! ¡Yo quiero mi dinero de vuelta!

Miré al escenario y el doctor, que lucía una microtanga blanca con una cruz en el bulto, seguía bailando... o al menos eso parecía, pues su hinchado abdomen no paraba de rebotar hacia un lado y el otro, un movimiento proporcional al de sus pectorales, más bien inflamados, que parecían competir con las bubis de la señora robusta. Eso sin mencionar que la peluca de largas extensiones rubias se le estaba saliendo de lugar, lo que dejaba entrever su incipiente alopecia...

-¡Emily! ¡¿Qué demonios es toda esta mierda?! -Robert estaba fuera de sí-. ¡Quita ya mismo a Jabba the Hutt[10] de mi club!

Pero no hizo falta, pues los vasos plásticos no tardaron en volar del público al escenario, lo que hizo que el irreconocible Doctor Love se desestabilizara y cayera al piso... algo muy desafortunado, por cierto, ya que su microtanga se rompió en cuanto cayó.

-¡Pero qué asco! ¡Tiene pelos en el culo! -estalló una de las chicas.

-¡Y en las pelotas! -agregó otra.

-¡Oh, por Dios! ¡Miren! -gritó la mujer de las bubis, señalando la entrepierna del pobre tipo que aún seguía tirado en el piso... Parecía que le costaba levantarse.

Y suspiré. Es que, solo de ponerme en su lugar, entendí que yo no era el hombre con peor suerte en el mundo.

-¡Estafadores! -vociferaron varias al darse cuenta de que el tan esperado, y entonces repudiado, Doctor Love no solo estaba completamente fuera de forma, sino que también su entrepierna era una farsa, pues una especie de pene postizo rodaba sobre el escenario, y, al parecer, el original yacía muy bien escondido tras la grasa de su pelvis.

-Demonios... -dijo Emily entre dientes. Suspiró y, tras cortar la filmación de su móvil, se dirigió directo al escenario.

Por suerte, para cuando ella llegó, la promesa de éxito ya había sido trasladada por los guardaespaldas hacia los camerinos del fondo, donde solían prepararse los *strippers*. Los gritos de disgusto por parte del público cada vez eran peores, y Emily, allí parada como si la hubiera congelado el mismísimo miedo, parecía que no reaccionaría... hasta que vio el rostro de Robert, lo que la hizo parpadear y volver a la friki realidad del club.

-Mierda... -dijo en voz baja, seguido de un insoportable sonido agudo del micrófono. Pero acomodó la voz al darse cuenta de que funcionaba y, tras recibir algún que otro vaso del público, volvió a hablar-. *OK*, sé que no es lo que esperábamos, pero no se preocupen... ¡porque la noche continua! -gritó intentando animar..., aunque no lo logró.

-¡Vete a la mierda! -respondió una de las chicas, y le revoleó otro vaso aunque este tenía algo de bebida.

-¡Hey! ¡Calma! No he terminado, porque... porque... Humm... -comenzó a titubear con la mirada

esquiva y nerviosa, pero, tras escuchar el primer silbido, no tardó en reaccionar, como si la lámpara se le hubiera encendido de golpe-. ¡Habrá más *shows* y sorpresas!

-¿Ah, sí? ¿Y quién será la próxima estrella en deleitarnos con grasa y micropenes? ¿Homero Simpson? ¡Váyanse al demonio!

Los gritos y silbidos llenaron el lugar, pero Emily no se detuvo... algo que Robert hubiera preferido que pasara.

-¡Claro que no! Esto solo fue... ¡una estúpida broma! -El público se calmó de golpe al ver cómo ella reía, tan segura de lo que había dicho. ¿Le habrían creído de verdad? Pues eso fue lo que pareció, pues se mantuvieron casi en silencio y expectantes a lo próximo que Emily diría-. Y... la verdadera sorpresa vendrá en unos momentos con... ¡más *shows*! Y... -Miró al público y no lo dudó-. ¡Barra libre el resto de la noche!

La música estalló y los gritos de euforia también. Claro que Robert no lo tomó del mismo modo, pues se puso más pálido que los vampiros de *Crepúsculo* en la primera película. Su cara se desfiguró en cuestión de segundos y, si no hubiera sido por el barman que estaba a su lado, puedo jurar que se habría caído allí mismo. Sin dudas, una reacción completamente inversa a la del público femenino que había pasado de odiar al club a amarlo en cuestión de segundos. Todas, sin excepción, habían corrido a las cuatro barras que abastecían cada noche. Incluso Emily había vuelto a sentarse a mi lado, aunque con una expresión más parecida a la mía o a la de Rob.

-Péguenme un tiro, por favor... -expresó abatida, y dejó caer su rostro contra la barra.

-Bueno, al menos, volviste a alegrarlas -me animé a comentar, pero ella apenas elevó el rostro para mirarme con los ojos entrecerrados.

-Suenas a perdedor, ¿lo sabías? -Se puso los anteojos de sol y volvió a dejarse caer contra la barra.

-¡Tú y tus putas ideas de mierda, Emily! -Era Robert, por supuesto, que no tardó en acercarse-. ¡Explícame ya mismo cómo demonios harás para pagarme todo esto!

Pude escuchar cómo Emily suspiró antes de levantar la cabeza para volver a dibujar esa sonrisa que, poco a poco, empezaba a comprender era su gran arma de convencimiento.

-Robert, ya te lo he dicho: solo espera a que gane el concurso y verás no solo cómo pago esto, sino cómo me vuelvo rica. -Se bajó un poco los lentes y le guiñó.

Mi mejor amigo revoleó los ojos y suspiró resignado.

-No cambiarás nunca, Emily. Sigues tan zorra como de pequeña... con la diferencia de que ahora me importa una mierda ser tu primo. Esta es la última vez que te ayudo, ¿me oíste? Y espero que me devuelvas cada uno de los dólares que estoy perdiendo en este preciso momento... Maldición -terminó por suspirar mientras negaba con la cabeza al ver la manada de mujeres desesperadas por más alcohol.

Y yo solo fruncí las cejas. Es que no podía creer que la mujer que estaba sentada a mi lado fuera ni más ni menos que *la pequeña Emily*. Hacía años y años que no la veía y, siendo honestos, estaba muy distinta... o al menos ya no era la niña de pelo oscuro y lleno de bucles que yo

recordaba.

-¿Emily? ¿Emily Blond? -le pregunté.

Se quitó los anteojos y giró para verme con más detenimiento.

-¿Eres alguien al que le debo algo? Porque si es así, hoy no estoy para más reclamos...

Reí y negué con la cabeza.

-Claro que no. Soy Adam. Adam Style, ¿me recuerdas?

Emily abrió los ojos como dos huevos y empezó a reír.

-¡Cielos! ¡¿Cómo demonios no te reconocí?! -Me miró de arriba abajo-. Es obvio que el alcohol me ha hecho efecto porque sigues igual que siempre... -Y revoleó los ojos para dar un sorbo al trago que alguien había dejado allí.

-Bueno... ¿Gracias? -contesté no muy convencido.

-No fue un cumplido -dijo tajante y sin mirarme. Y volvió a beber para hacer fondo blanco.

OK. Me había quedado claro.

-Hey, tranquila con Adam, ¿quieres? Hoy no es su mejor día -me defendió Rob.

-¿En serio? -Me miró-. Pues bienvenido al club de los *losers*..., aunque, en este momento, puedes darte el lujo de sentirte mejor, pues no creo que nadie pueda superar mi *loseridad*.

Suspiré.

-Pues, no lo sé. Me despidieron de mi trabajo y... mi esposa acaba de pedirme el divorcio, así que...

-¡¿Qué?! ¡¿De qué estás hablando, Adam?! ¡No me dijiste nada! ¡Al menos no de esa segunda parte! -reclamó Robert sin quitarme la mirada de encima-. ¡Es hora de brindar! ¡Adiós trabajo de mierda! ¡Adiós zorra materialista chupasangre!

Puse los ojos en blanco.

-Robert... No estoy para bromas, ¿OK?

-¡¿Pero de qué hablas, Adam?! -Suspiró al tiempo que negó con la cabeza-. Sé que no lo puedes ver ahora, pero es lo mejor que te pudo haber pasado, *bro*. Créeme.

Emily alzó una ceja, tal vez intrigada. Y yo solo volví a suspirar.

-No creo que fuera lo mejor que me pudo haber pasado. Todavía no sé cómo haré para superar lo que vi. Y no es que no quiera tener compasión, ya sabes, pero...

Robert frunció el entrecejo.

-Espera. No entiendo, Adam. ¿De qué hablas? -me interrumpió.

La verdad era que no tenía ganas de decirlo, pero su mirada y la de Emily, expectantes de lo que diría, fue mucha presión. Y sabía que no pararían hasta que largara algo.

-Cielos... Está bien. -Tragué saliva-. Encontré... Encontré a Vicky en casa... en el dormitorio... en la cama. -Los ojos de ambos se abrían cada vez más y, como no pude soportarlo, preferí mirarme las manos-. Y no estaba sola..., sino con... con...

Hice un breve silencio. Es que... ¿cómo rayos se suponía que debía contarle? Pero no pude meditarlo mucho más.

-¡Por todos los cielos! ¿Cuál es tu problema? ¡Dilo ya de una puta vez! -se animó a reclamar Emily.

Cerré los ojos, pero aun así podía sentir la presión, por lo que lo largué de una sola vez.

-La encontré chupándole el pequeño Hulk, ¿OK?

-¡¿Pequeño Hulk?! -preguntaron los dos al unísono, con las frentes hiperfruncidas y sin entender mucho.

Bufé. ¿No se sobrentendía? Cielos...

-El pene. Así llama Vicky al pene de... -Tomé aire y, con eso, valentía para decir su nombre-. Al pene de Hugh.

Se hizo un silencio, a pesar del bullicio del fondo, en el que mi amigo parecía no terminar de procesar la noticia.

-¡¿Que qué?! ¡¿Me estás jodiendo, Adam?! ¡¿Hugh?! -gritó Robert.

-¿Quién es Hugh?

Emily, claramente, apenas entendía algo de todo lo que ocurría.

-¡Es el maldito jefe de Adam!

-Exjefe -aclaré.

-Mierda... Estás jodido en serio -acotó una sorprendida Emily que no tardó en saquear otro trago que había quedado sobre la barra.

-¡¿Cómo pudo hacerlo, Adam?! ¡Es tu maldito padrastro! ¡O, al menos, lo era! -agregó Rob, para mi desgracia-. Y esa... ¡Pedazo de zorra!

Sí. Tenía razón. Tal vez no lo dije desde un comienzo, pero así era: Hugh no solo había sido mi jefe por muchos años, sino también mi padrastro desde mi más tierna infancia.

Y claro... La respuesta de Emily a ello no fue para menos, pues en cuanto escuchó a Robert, no tardó en escupir lo que acababa de tomar.

-Oh, amigo... ¿te bañaste con meo de gato negro? Cielos... -Negó con la cabeza-. Lo siento, pero creo que nadie te superará ni hoy ni nunca.

Alcé las cejas y volví la mirada a mi vaso con limonada.

-Maldición, Adam. No puedo creerlo... -expresó Robert. Se notaba que su sorpresa duraría bastante.

-Pues yo tampoco... -Y sonreí de esa manera que se suele usar para ocultar ese dolor que no se va ni con el paso del tiempo.

Traté de seguir enfocado en mi trago sin alcohol, pero, de reojo, no pude evitar notar que Emily me miraba. Al principio, creo que con pena, pero al cabo de un rato, su mirada parecía más bien de esas que dicen que la persona trama o piensa algo en especial.

-Y oye... ¿estoy loca o percibo que la sigues amando?

Rob chasqueó la lengua mientras preparaba algunos tragos para ayudar en la barra.

-No digas idioteces, Emily. ¿Después de lo que le hizo? -Sonriente, negó con la cabeza y me miró en busca de mi aprobación, pero... yo solo tragué saliva, y la seriedad y furia volvieron a él-.

No me jodas, Adam... ¡no me jodas!

-¡Hey! ¿Cuál es el problema? Déjalo en paz, ¿quieres? -me defendió extrañamente Emily-. Tú porque no entiendes una mierda del amor, Robert.

-Puff... Amor... Eso no es amor, Emily. Eso se llama aprovecharse de un buen tipo. Y no lo digo solo por lo que acaba de hacerle, sino por los últimos doce años que le ha hecho vivir. Maldita manipuladora oportunista... -replicó mi amigo.

«Gracias, Robert. La próxima vez que desee hacer de mi vida algo público, ya sé a quién debo acudir...».

-¿Doce años? -Me miró con ojos de huevo frito-. Demonios... Eso sí que es mucho tiempo. ¿Cómo lo has soportado, amigo? -Y tomó su vaso pero sin quitarme la mirada de encima. Era claro que quería saber más.

Suspiré. ¿Sería una larga noche de tortura? Cielos...

-No es como lo estás pensando... -Tomé mi cartera, la abrí y se la mostré. Tal vez algo anticuado pero a mí me encantaba ver la foto de mis niños allí-. Matt y Trevor. Mellizos. ¿No crees que es lo mejor que te puede pasar en la vida?

Emily frunció el ceño y no habló por unos segundos.

-Bueno..., por empezar, sabes que puedes guardar fotos en el móvil, ¿cierto? ¿O es que no tienes uno? -me preguntó, pero yo alcé los hombros y los dejé caer en una milésima de segundo. Claramente era algo que no me importaba demasiado. Era de esos tipos que amaban algunas cosas a la antigua y las fotos impresas eran una de ellas. Emily revoleó los ojos pero no tardó en volver a hablar-. La verdad es que no sé qué decirte porque no soy madre, pero... calculo que amas mucho verlos hacer *gestos obscenos*, ¿cierto? -Sacó la lengua y alzó sus dos dedos mayores, imitando la pose de mis hijos-. Porque si no, no entiendo la razón de guardar esta foto... -sonrió medio incómoda.

Y la entendía. No era la mejor imagen de ellos, pero era la única que habían aceptado que conservara.

-No creo que me dejen guardar otra -admití-. Aun así, no dejan de ser un orgullo. Créeme.

Emily sonrió con los labios endurecidos. Un gesto que, sin dudas, compartía con Rob, su primo.

-Sí... ya veo... -Tomó otro sorbo de su vaso-. Y oye... ¿dónde conociste a Valery?

-Vicky. Victoria -la corregí. Y bebí de mi limonada.

-Cierto, cierto... -Acomodó la voz y volvió al ataque-. Y... ¿dónde es que la viste por primera vez? ¿En un viaje a China o algo parecido, tal vez?

Alcé una ceja, sorprendido, y reí. ¿China?

-¿Por qué China? -Volví a sonreír-. La conocí una noche en Las Vegas.

-Y yo fui testigo de aquel momento de mierda -acotó Robert.

-Suenas a bastante *idiota* -no tardó en concluir Emily con la vista fija en su primo.

-Pues espera a que te muestre la otra foto que conserva...

Emily mantenía la mirada entrecerrada en él, pero mi amigo solo bufó y siguió con lo suyo.



No tenía problema en mostrársela. Después de todo, ver la imagen de la mujer con la que me había casado era una de las cosas que más me gustaba hacer..., aunque para entonces ya me hubiera dejado por el pequeño Hulk de mi exjefe y padrastro.

Como fuera, no la hice esperar y se la entregué. La verdad es que no esperaba una reacción especial, pero el silencio y la extrañeza de sus cejas fruncidas me hicieron cuestionarme si estaría pensando cómo era que semejante mujer había estado tanto tiempo a mi lado. Porque sí, no sería la primera vez que me lo preguntaran...

Emily alzó la vista, me miró por unos segundos con una ceja más alta que la otra y luego la dirigió a Robert.

-Te lo dije. Es una perra y solo él no lo quiere ver -expresó Rob, con esa furia contenida, tan clásica y notoria en su boca endurecida.

Bufé y di un sorbo a mi limonada.

-¿Y ahora cuál es el problema? ¿Que sea tan hermosa? Pues sí, yo tampoco lo sé, pero así se dio, ¿OK? Y no me arrepiento de nada..., a pesar de todo.

-¿Y a pesar de que tus hijos no sean tuyos? -preguntó Emily, y yo chasquéé la lengua-. Perdona, Adam, pero no es algo que pueda pasar tan desapercibido, a menos que los hayas adoptado... - Tomó mi cartera, sacó la foto de los niños y sacó la de mi adorada Vicky-. ¿De dónde demonios sacaron lo moreno y achinados que son, eh?

Revoleé los ojos.

OK. Sí, era cierto. No era un detalle menor. Los mellizos, *técnicamente*, no eran míos, pero sí de corazón... O al menos así lo sentía yo.

-Entiendes que estás en la muy delgada línea que separa lo que es ser *ingenuo* de lo que es ser *idiota*, ¿cierto? -expresó Emily despacio y con los ojos clavados en mí.

-No, te equivocas. Es un idiota. Y no será la primera vez que se lo diga -sentenció un furioso Robert.

Inspiré profundo y traté de calmarme. No relataría el motivo, no tenía por qué hacerlo.

-No voy a explicártelo porque jamás lo entenderías y además tampoco tengo ganas de hacerlo. Y, a decir verdad, no creo que hurgar en mi vida te ayude en este preciso momento. Así que mejor céntrate en tus propios asuntos, porque, hasta donde sé, no la tienes fácil... -Y señalé con la mirada el grupo de eufóricas mujeres que no paraban de exigir más alcohol.

Emily suspiró y bebió lo último que quedaba en el vaso para luego volver a hablar... algo que, al igual que Vicky, parecía dársele muy bien.

-Bueno..., la verdad es que no es tan así, Adam.

Robert frunció las cejas y, serio, clavó la mirada en ella.

-Ni se te ocurra, Emily -la amenazó mi amigo.

Yo entrecerré los ojos. ¿Por qué siempre era el último en terminar de entender las cosas?

En fin...

-Tranquilo, Robert. No es nada malo. Es solo una oferta... -Mi amigo revoleó los ojos y bufó,

dispuesto a interrumpirla pero ella no lo dejó-. Solo déjame plantear mi idea, ¿quieres? Después de todo, él tiene la última palabra. -Y sonrió.

-¿Crees que soy idiota? -preguntó furioso.

-¿En serio quieres que responda esa pregunta? -le contestó Emily, y volvió a dibujar una sonrisa pero cargada de ese desafío que quitaba de quicio a Rob.

Debía intervenir porque era claro que, si era por ellos, podían seguir toda la noche discutiendo.

-¿A qué te refieres? No entiendo qué es lo que podrías proponerme... *a mí* -resalté.

Se hizo un breve silencio en el que puedo jurar que su sonrisa se tornó casi malévola, pues sus *brackets* brillaron más que la primera vez que los vi.

-Te quedaste sin empleo, ¿verdad? -Asentí con timidez-. Y, por lo que veo, te gustaría recuperar a Valery, ¿cierto?

-Sí, pero es Vicky. Victoria.

-Sí, eso, Vicky... Como sea... -Se acomodó, y tras ponerse el pelo detrás de las orejas, volvió a mirarme-. Entonces, ¿por qué no dar un giro a tu vida?

-Perdona, pero sigo sin entender. -Y bebí de mi limonada, algo que pareció molestarle más de lo que parecía.

-Podrías empezar por beber algo un poco más *divertido* que eso, ¿no crees? -Y revoleó los ojos-. En fin... Creo que si te ha pasado todo esto es por algo, o al menos tiene un significado que debes encontrar.

-No hace falta eso... y menos con tu ayuda, Emily -dijo Robert más serio que nunca. Pero ella hizo caso omiso y esperó solo a que yo hablara.

-No lo sé... Tal vez podría cambiar de tipo de trabajo, pero mi vida con Vicky... No lo sé. Es lo único que tengo -dudé.

-¡Perfecto! ¡De eso estoy hablando! Entonces quieres volver con ella, aunque no sabes cómo, y reconoces que te vendría bien un cambio en algún aspecto de tu vida como, por ejemplo, de profesión, ¿cierto?

Moví la cabeza, inseguro.

-Bueno, sí, podría ser, aunque, en ese caso, no sabría bien qué hacer.

Emily entrecerró los ojos.

-¿En serio? ¿Todavía no sabes lo que quieres hacer de tu vida? ¿No tienes algo con lo que siempre hayas soñado... y no implique a *Vicky*? -preguntó remarcando la última palabra.

Respiré profundo. La verdad era que no lo tenía bien claro. En los años que había pasado con ella solo me había centrado en la familia y en sus deseos. Aunque tampoco era que había olvidado del todo lo que me gustaba hacer.

-Pues... Hasta hoy siempre traté de visualizarme como periodista... o columnista de un periódico... -Miré el piso y volví a pensar al recordarme fuera de mi ejemplo-. No lo sé... Ahora que lo pienso, creo que también me hubiera gustado escribir en un blog... tal vez. La verdad es que no estoy seguro.

Emily miró a Robert y este solo alzó las cejas al tiempo que negó con la cabeza.

-OK... Bueno... De esto creo que puedo concluir que te gusta escribir, ¿cierto? -Asentí y ella sonrió de golpe-. ¡Perfecto! ¡Entonces esto será ideal para ti!

-Emily... Déjalo en paz -se adelantó Rob, pero ella otra vez lo ignoró.

-¿Quieres que escriba algo? -pregunté. No entendía muy bien cuál era el punto.

Ella dudó, pero no tardó en hablar.

-Bueno..., no tan así, la verdad. -Rio nerviosa y acercó su asiento un poco más al mío-. La cuestión es que hay un concurso de documentales de mucha fama al que pienso presentarme...

-Adam, no la escuches -me advirtió Robert.

-Cállate, aguafiestas -lo cortó Emily, y volvió a mí-. El tema es que, hasta hace unos momentos, tenía todo listo... o algo así. En fin... La cuestión es que debo empezar de cero, ¿comprendes?

-Espera... Lo que estabas filmando, ¿iba a ser tu documental? -pregunté medio sorprendido. Siendo honesto, me preocupaba el tipo de concurso al que participaría si lo que iba a presentar era un video sobre un hombre poniéndose en pelotas.

-Sí, sí... *Renace una estrella* -dijo muy rápido, como si hubiera buscado evitar el tema, pero ambos la miramos extrañados a la espera de que dijera algo más-. Así se iba a llamar el maldito documental, ¿OK? -contestó sin muchas ganas.

¿*Renace una estrella*? Cielos... Es que la verdad era que, por lo que había pasado, hubiera quedado mejor *Renace y se estrella*.

-OK... ¿y de qué iba a tratar? Porque, al parecer, ya es historia, ¿verdad? -inquirí.

-Bueno, tendré que cambiar un poco la perspectiva, pero en sí, la idea era mostrar como una conocida estrella del mundo de los *strippers* volvía a su antigua profesión luego de varios años de olvido.

-¡¿Y cómo es que esperabas que tuviera éxito esa idea de mierda?! ¡¿Acaso no viste en lo que se convirtió el tipo?! -preguntó Rob, furioso.

Emily puso los ojos en blanco y suspiró.

-No sabía que estaba así, Robert. Hablé con él por teléfono y me aseguró que podría hacerlo, siempre y en tanto le pagara lo acordado.

-Y quiero creer que ya lo has hecho, ¿cierto? Porque no pienso prestarte un dólar más -le advirtió.

-Pues no. -Emily bebió e hizo fondo blanco-. Y no pienso hacerlo después de la vergüenza que me hizo pasar.

Rob se tomó la cabeza, pero al ver su desesperación mezclada con furia, preferí intervenir antes de que ahorcara a su prima.

-Espera. Calma, Robert. -Miré a Emily-. ¿Cuánto le debes?

Emily dudó antes de volver a hablar, y solo cuando saqueó otro vaso con alcohol, se animó a contestarme.

-Veinte dólares.

Creo que tanto Rob como yo tuvimos la misma expresión con los ojos abiertos como dos bolas de básquet. Es que ¿quién demonios se prestaba a semejante humillación por veinte miserables dólares?

-¿Es en serio?! ¿Me estás jodiendo?! -exclamó Robert.

-No es broma. Aceptó enseguida. -Bebió un largo sorbo-. Después de todo, son mucho mejor veinte dólares y la posibilidad de volver a la fama que quedarse sin hacer nada en esa casa para *homeless*[11].

¿Era en serio?

-¿Llamaste a una casa de vagabundos para hacer esa propuesta? -pregunté. La verdad era que no podía imaginármelo.

Ella asintió y sin remordimientos.

Cielos...

-Como sea... No pienso pagarle nada. Pero eso no quita el problema que se me suma ahora...

-Y ese es... -la invité a que completara.

-Que me falta el *stripper*. -Y sonrió.

OK... ¿Había entendido mal o era lo que pensaba?! ¿Yo?! ¿Un *stripper*?!

El rostro de Robert se convirtió en cuestión de segundos, y sabía que le diría cosas no muy agradables si no intervenía.

-OK, OK... Escucha, Emily, no sé por qué has pensado que yo podría hacer algo así, pero no. Primero, porque nunca lo he hecho; segundo, porque creo que no soy ese tipo de hombre; y tercero y principal, porque no entiendo cómo eso podría ayudar en lo que me gustaría convertirme. De todos modos, te agradezco la oferta. -Y le sonreí para volver a hundirme en mi limonada.

De reojo pude ver que ella se mojó los labios con la lengua. Era claro: volvería a insistir.

-Pues te equivocas y en todo. -No pude evitar mirarla. Parecía muy segura-. Primero, sí puedes hacerlo. Es solo cuestión de intentarlo, tal vez de practicar un poco. Nada es de un momento a otro, ¿no crees? -Rob se llevó las manos a la cara. Creo que empezaba a darse por vencido. Aun así, yo seguí con la mirada fija en ella-. Segundo, sí eres del tipo. Tal vez esa ropa de mierda que usas no deje siquiera imaginarlo, pero con que seas hombre y tengas un mejor estado físico que el del ex Doctor Love, alcanza y sobra. Y tercero, convertirte en la estrella de mi documental es fundamental para que puedas cumplir tu sueño de escribir. Créeme. -Y me quitó el vaso de limonada para darle un gran sorbo.

Tragué saliva.

-Tienes mucha imaginación, pero aún no entiendo cómo es que trabajar de *stripper* podría convertirme en escritor. Lo siento. -Y le quité mi vaso.

-¿En serio? ¿Acaso no te das cuenta? -Volvió a adueñarse de mi trago-. Adam, jamás podrás escribir nada si no sales y vives el mundo, ¿sabes? -Yo fruncí las cejas, pero ella continuaría-. Perdona, pero creo que para cualquiera que te conozca es más que obvio que la última vez, sino la única, en que saliste a hacer algo fue en Las Vegas con este idiota -señaló a Rob-. Y tal vez no sea

más que una suposición, pero de lo que entiendo que es tu esposa, creo que solo un cambio *total* en tu vida te permitirá recuperarla, ¿o me equivoco?

«¿Un cambio de estilo, tal vez?», recordé la voz de Hugh.

Me dolía, pero recordar la mirada de arriba abajo que me había regalado Vicky cuando le pedí una explicación al pedido de divorcio fue rotundo e iluminador a lo que no había querido ver hasta entonces.

-Sí, claro. ¿Y ahora qué más le ofrecerás? ¿Veinte dólares de mierda? -suspiró Robert, indignado-. Ya déjalo en paz, Emily. No permitiré que tus estúpidas ideas terminen por arruinar la vida de mi amigo. Solo ve y busca a otro idiota que acepte humillarse como pretendes -aseveró, dando por finalizada la conversación.

Emily pareció meditarlo varios segundos hasta que volvió a hablar.

-No, claro que no. Yo... Yo te ofreceré mucho más que eso. -Rob revoleó los ojos y me miró al tiempo que negó con la cabeza para que no le hiciera caso, pero ella no daría el brazo a torcer-. Te ofreceré mucho más... Te daré... Humm... -Acomodó la voz y se decidió a decirlo-: Te daré la mitad del premio.

-Y eso, ¿cuánto es? ¿Cien dólares? -preguntó Robert, y rio-. Ya basta, Emily. Y además, él no necesita dinero... Solo tiempo para comenzar una nueva vida.

-Sí, pero él la quiere junto a Valery. -La iba a corregir, pero lo hizo antes de que yo hablara-. ¡Vicky! ¡Vicky! Cielos... -Suspiró y me miró determinante-. Y créeme, Adam, conozco el tipo de mujer que es tu esposa y sé qué es lo que la traerá de vuelta contigo.

-¿Un *stripper*? -carcajeó Rob, sarcástico-. Por todos los demonios en pelotas, Emily. Una zorra como ella lo único que espera es a alguien rico... y *sexy*. Alguien como el malnacido de Hugh.

-Pues no sé cómo es ese tal Hugh, pero sí estoy segura de que es muy distinto a Adam, ¿o me equivoco? -le preguntó Emily, con los ojos entrecerrados. Robert abrió la boca, pero la volvió a cerrar. No pudo decir nada. Y ella volvió a dirigirse a mí-. Escucha, no quiero herirte y por eso lo diré de este modo: tu esposa no busca un príncipe azul, Adam, sino un lobo feroz que la devore, ¿entiendes? Eso, que tenga mucho dinero, una imagen atractiva y que sea muy exitoso, ¿no es cierto?

Y no tardé en recordar los *discursos del fracaso*, propios de la constante obsesión de Vicky con el éxito.

Suspiré profundo. No sabía lo que haría, pero al mismo tiempo entendí el plan de Emily. Tenía sentido..., aunque no tanto para mí. Tantos años de dedicarme a comprar papel higiénico y de estar detrás de un escritorio, contemplando a los verdaderos hombres de éxito, me lo impedían. Jamás sería capaz de siquiera subirme al escenario.

La miré a los ojos y le sonreí.

-Es una propuesta tentadora, pero lo siento. No soy el indicado.

Emily estuvo a punto de decir algo, pero no pudo hacer más que largar el aire de sus pulmones para luego dejarse caer sobre la barra.

-Gracias a Dios... -acotó un Robert más tranquilo.

Y la hubiera animado de no haber sido por aquella aguda voz que hizo que no solo Emily se irguiera de un solo salto, sino también que mi amigo y yo volviéramos la vista a la recién llegada.

-¡Pero miren quién sigue aquí! ¡Parece que Bumblebee<sup>[12]</sup> ansía un poco más de humillación! -E hizo el ruido clásico de los *transformers* al cambiar de forma.

Era alta, de figura esbelta, fina. Y su pelo ondulado de color cobre caía impecable sobre unos hombros que hacían perfecto juego con sus enormes pechos claramente operados. Y las otras dos chicas, que estaban cruzadas de brazos y la escoltaban, no eran muy diferentes a ella, salvo por el tono rubio de una y el pelo corto de la otra.

-¿Qué demonios haces aquí, Ginger?! ¿Desde cuándo dejan entrar a zorras tan baratas como tú?! -gritó Emily más que sorprendida.

Ginger dio tres pasos con un andar gatuno y seguro.

-Desde el momento en que dejan entrar culos gordos y con patas como tú, cariño -le contestó a Emily, quien no pudo hacer más que tragar saliva-. Así que era cierto el rumor, ¿eh?

-¿Cuál? ¿El que dice que no puedes dejar de ser una perra y le chuparás el pene a todo el jurado para ganar el concurso?

Ginger entrecerró los ojos e hizo una mueca de disgusto con la boca.

-¿Acaso estás celosa? -Puso una cara de falsa pena al tiempo que se acercó y le acarició las puntas reseca de un mechón de pelo-. Oh... Pobre Bumblebee... Pues te comprendo, ¿sabes? No me quiero imaginar lo difícil que debe ser que ningún hombre quiera que se la mames. Pero debes entenderlos... Poner el pene en tu boca sería tan suicida como ponerlo en una trituradora, ¿no crees? -Y mostró los dientes mientras hacía gestos raros con las manos, que sus amigas escoltas también imitaban. Era obvio que se burlaban de los *brackets* de Emily.

-¡Pues al menos estarían más seguros que entre tus tetas de plástico! -Y le quitó la mano para que dejara de acariciarle el pelo.

La verdad era que pude haber intervenido, pero, siendo honestos, de solo pensarlo supe que hubiera atentado contra mi propia vida. Y creo que Robert analizó lo mismo, pues solo miraba con extrema atención el *show* que se estaban montando ambas.

Ginger sonrió al ver lo alterada que estaba Emily. Y hasta parecía que lo disfrutaba.

-Das mucha lástima, ¿lo sabías? -Suspiró con satisfacción-. En fin..., solo vine para que me entregues lo que acordamos. -Y extendió la mano, con la palma hacia arriba, a la espera de que le entregara algo.

Emily frunció las cejas y negó con la cabeza, indignada.

-¿¿De qué demonios estás hablando?? Esto aún no termina, zorra barata, así que vete a la mierda.

-No te pases de lista conmigo, bola de grasa. ¿O necesitas veinte dólares más para pagarle a otro idiota que reemplace a tu vagabundo? -Emily suspiró medio sorprendida; calculo que era un detalle que Ginger no tenía que saber-. Ni siquiera tendrás el documental para presentar, así que entrégame el móvil. Ya mismo, pelo de paja quemada.

-Ni en tus sueños, perra. Ese no fue el trato. Si quieres el maldito teléfono de tu ex, no alcanza con que yo pierda. Primero debes ganar el concurso, *barbie* de segunda. Así que vete a armar tu porno y déjame en paz. Todavía tengo un documental serio que terminar. -Y le hizo el gesto de *fuck you*.

Ginger frunció los labios y las aletas de su nariz se abrieron de forma tan exagerada que parecía un dragón a punto de lanzar fuego.

-¿Crees que soy idiota? -Emily alzó las cejas, creo que dispuesta a contestarle afirmativamente. Pero Ginger no la dejaría-. No tienes nada para presentar. Y eso sin mencionar que no puedes cambiar la temática que ya elegiste. Eso fue parte del trato.

Emily tragó saliva.

-¿Y quién dijo que la cambiaría, siliconas chupapollas? -Tomó mi vaso de limonada, dio un sorbo y volvió a hablar-. Tengo mi plan B armado y en curso hace tiempo... y no te lo pienso desvelar, así que vete.

Ginger se cruzó de brazos con una media sonrisa que también imitaron las chicas que la acompañaban.

-Lamento informarte que eso no será posible, Miss Piggy[13]. Mencionar con detalle la idea central y los protagonistas del documental es parte del trato, así que... o me lo dices o te declaras perdedora... más perdedora de lo que ya eres, claro. -Y, esta vez, su sonrisa fue de oreja a oreja.

Emily entrecerró los ojos con la vista fija en ella. Su mano presionaba el vaso de la limonada a tal punto que temí que lo rompiera, pero, gracias al cielo, volvió a hablar.

-Pues... la temática es casi la misma... -Respiró profundo y, tras beber, continuó:- Se... trata de la historia de un hombre que... que... decide dar un giro en su vida. -Tragó saliva-. Deja su rutina segura pero aburrida, y se aventura a probar como *stripper* para... para volver sus sueños realidad.

Ginger enarcó una sola ceja y miró con la misma extrañeza a sus dos amigas que parecían estar en otra órbita y solo imitaban sus posturas y gestos.

-¿De qué demonios hablas? ¡Tiene que ser honesto, Emily! ¡No puedes pagarle a nadie para que actúe! ¡Y si llegas a hacerlo, nos daremos cuenta y haremos que te descalifiquen, idiota!

Emily, furiosa, golpeó el vaso contra la barra.

-¡Será honesto, prostituta barata!

-¡Pues no te creo! ¡Eres una maldita zorra estafadora! ¡Nadie dejaría su vida normal y menos para exponerlo en tu documental de mierda!

-¡Te equivocas, perra! ¡Ya tengo a mi protagonista y es un caso real! ¡Así que no me fastidies más y vete a seguir con tu video de bajo presupuesto!

-¿Ah, sí? ¿De verdad eres tan responsable y honesta? -preguntó Ginger. Emily asintió con seguridad y soberbia-. Entonces deberás decirme quién es el idiota, porque de lo contrario, no tardaré en hacer circular las sospechas de que harás trampa. -Sacó su móvil y, con la mirada clavada en la pantalla, empezó a escribir sin parar-. Estoy a dos clics de denunciarte por las

redes, Emily...

-¡No puedes hacer eso! ¡No tengo por qué decir su nombre!

-Claro que sí, fracaso rechoncho. Fue parte del maldito trato: mencionar a los protagonistas del documental. -Alzó su móvil y le mostró la pantalla a Emily-. A un solo clic, *loser*...

«Loser», «fracaso»... No sé por qué, pero esas palabras resonaron en mi cabeza sin cesar mientras miraba cómo los ojos de Emily destilaban, sin poder evitarlo, una desesperación contenida que la sentí familiar.

-¡Eres una maldita put...! -quiso exclamar, pero Ginger la interrumpió.

-¡Adiós, perdedora! -vociferó Ginger mientras, con mucha lentitud, acercaba el índice hacia la pantalla de su propio teléfono.

Pero su dedo se detuvo a medio centímetro de tocar el móvil.

Fue un impulso. No pude evitarlo.

-Soy yo. -Ginger se giró para mirarme en cuanto me hice escuchar-. Mi nombre es Adam Style y soy el protagonista de su documental.

Sus ojos me hicieron una resonancia magnética de cuerpo completo y, al llegar a mi mirada, metió los labios hacia adentro para largar la carcajada más insultante que hasta entonces me habían dedicado.

-¡¿Mr. Bean<sup>[14]</sup>?! ¡Oh, Emily! ¿Estás segura de que no quieres abandonar la competencia? Es que... ¡Lo siento, pero no te odio tanto como para dejar que te humilles de esta manera! -Y siguió riendo sin parar y con el coro de las otras dos de fondo, que carcajaban de igual manera.

Yo acaricié hacia el costado mi engominado pelo para asegurarme de que no se hubiera movido de su lugar y me serví un poco más de limonada.

Emily me miró medio sorprendida tal vez, pero no tardó en reaccionar.

-¿Cuál es el problema, Ginger? Es mi documental y sé lo que hago. Así que déjame de una vez por todas hacer mi trabajo, ¿quieres?

Tardó varios segundos más hasta que pudo dejar de reír.

-Oh, Dios mío... Pues bien... -Me miró una vez más, negó con la cabeza y guardó el móvil en su bolso-. La verdad es que muero por saber cómo harás para que se saque esos pantalones que casi le llegan a las axilas sin que alguna no vomite al solo verlo intentar hacerlo, pero... en fin. Ese no es mi problema. Adiós, *perdedores*. Los veo en una semana.

Una semana, sí... ¡¿Una semana?! ¡¿Era en serio?!

Y eso mismo fue lo que le dije a Emily en cuanto su *amiga* de plástico se fue.

-Hey, tranquilo. Eso es lo de menos, ¿OK? En este momento, lo que más me preocupa es que, en realidad, no quieras hacerlo y solo lo hayas dicho por compasión o para salvarme en el instante. -Miró hacia detrás de la barra y volvió a mí-. Eso y saber si Robert está muerto, claro.

No era para menos. Mi amigo estaba con la cabeza apoyada en la barra, sin moverse, hasta que decidió demostrar que todavía estaba vivo al erguirse de nuevo.

-Ambos -miró a su prima y luego a mí- no son más que un par de idiotas.



-Bueno, una preocupación menos -dijo Emily, y volvió la vista a mis ojos, aunque lo haría con un tono cargado de seria preocupación-. Escucha, Adam, no quiero presionarte, pero acabas de comprometerme a mí también. ¿En serio lo harás?

Suspiré profundo.

-No te voy a mentir: sí, lo hice por compasión, pero no soy de los que prometen y luego no cumplen, así que...

-¡Sí! -exclamó al tiempo que apretó su puño. Sin dudas, se trató de una eufórica Emily completamente opuesta a la de segundos atrás. Era claro que se le daba muy bien la actuación-. Pues bien, entonces es hora de ponernos en marcha. Necesitaré filmarte ahora. -Mi ceño se frunció de forma automática, pero ella siguió hablando para calmarme-. Y no te preocupes, solo debes ser tú mismo... presentarte, decir quién eres, lo que harás y por qué. Verás que llegará un momento en que ya ni te darás cuenta de que estás siendo filmado. -Acomodó la voz y siguió-. Pero antes, un adelanto como agradecimiento... ¡un trago de verdad, amigo! ¡Y tú eliges! -terminó de expresar con una sonrisa que hacía ver sus *brackets* más brillantes y plateados de lo que eran.

Los ojos de Rob se abrieron tanto que parecían dos pelotas de billar.

Él ya sabía lo que yo estaba pensando. Ya sabía lo que iba a pedir.

Y era que no había otro modo con tan poco tiempo para lograr aquel documental..., no al menos conmigo. Más aún si quería que todo el plan B de Emily funcionara de verdad... algo que se suponía no solo la favorecería a ella, sino también a mí... después de todo, siendo como era, no había conseguido más que perder a lo único que hasta entonces había tenido en mi vida: Vicky. Y era claro que si quería recuperarla, tenía que hacerlo de una forma distinta. Y, hasta entonces, no tenía una mejor idea que la que Emily, muy segura de sí misma, me había planteado.

Suspiré profundo y, tras tomarme unos últimos segundos de meditación, miré a mi amigo.

-Pues entonces que sea el mismo de aquella noche. -Tragué saliva al mismo tiempo que él, que no podía quitarme la mirada de encima-. Un *Las Vegas's Inferno*[15], Rob.

-¡Ya lo oíste! ¡Que marche un *Las Vegas's Inferno*! -Y Emily sonrió, aunque, para nuestro infortunio, no tardó en volver a expresarse y con más entusiasmo-. ¡No, espera! ¡Mejor que sean dos!

Mi amigo cerró los ojos, y yo solo respiré profundo.

Hacía doce años que no bebía ese trago... Un trago que había hecho que fuera otro... un otro que, sin dudas, había conquistado a mi Vicky. Y este era el momento para volver a dejarlo salir, pues si había alguien que podía recuperarla, ese... ese era ni más ni menos que mi otro yo.

## Capítulo 4

¿Un cóctel de analgésicos? ¿Diez litros de agua para calmar el fuego y la sed? ¿O tal vez un trasplante de hígado? Pues sí. Todas eran más que apropiadas, aunque solo fueron algunas de las cosas que pensé en cuanto retomé la consciencia. Claro que los párpados me pesaban tanto que lo que menos quería hacer era abrir los ojos, eso sin mencionar la luz del nuevo día que tendría que soportar. Y sí: era obvio que el mejor plan era seguir durmiendo en aquella cama que, estaba seguro, no era mía. Y lo hubiera hecho..., de no haber sido por ese extraño calor que sentí en el pie izquierdo que colgaba por fuera de la cama. Lo moví un poco, de un lado a otro, para tratar de quitar la sensación, pero al hacerlo, no hice más que empeorar la situación.

-¿Qué rayos...?! -apenas logré expresar. Es que no supe qué había sido peor, si la luz destrozándome los ojos que tuve que abrir del sobresalto, o lo que estaba viendo.

Es que... la verdad no sé cómo explicarlo, pues mi pie estaba... entre los testículos de un enorme perro gran danés. Eso mismo. Mi vista era la del culo del animal y, técnicamente, lo que allí ocurría era que el perro había estacionado su enorme y pesado miembro sobre mi pie izquierdo, algo... ¿poco convencional, por decirlo de alguna manera?

No tardé en volver a guardar mi pierna bajo las sábanas, y el perro se giró para dirigirse directo a mi rostro para lavarlo sin cesar.

-Yo, que tú, lo detendría. No querrás saber por dónde estuvo esa lengua minutos atrás. Créeme. - Era la voz de Emily.

Di un salto que me dejó sentado y, despacio, traté de hacerlo a un lado. Era verdad: no quería saber qué habría estado lamiendo.

Miré a Emily. Era claro que apenas se había despertado, pues llevaba puesta una enorme y vieja sudadera que hacía juego con su despeinado pelo, recogido en un intento de coleta. Estaba sentada frente a un pequeño escritorio en el que destacaba una *notebook* prendida. Detuve la mirada en la pantalla, casi por impulso más que por curiosidad, pero ella, en cuanto lo notó, la bajó para que se apagara. Parpadeé un par de veces y, tras fregarme los ojos, volví la vista a Emily.

-¿Es tuyo? -Señalé al perro-caballo que, sentado, no dejaba de mirarme, aunque con la lengua afuera, jadeando.

Emily revoleó los ojos.

-¿Y tú qué crees, genio? -Suspiró, pero volvió a hablar-. Se llama Gonzo[16]. Ah, y no te asustes por lo que hizo antes de lamerte. Es su forma de expresar que le agradas.

Cielos... No quise imaginarme lo que haría cuando no eras de su gusto. Aun así, el nombre me hizo sonreír, pues ¿sería que a Emily todavía le gustaba *Muppet babies* tanto como a mí?

-Pues gracias por posar tus huevos en mi pie, Gonzo. Para mí también es un placer conocerte, aunque... yo te saludaré de otra manera, ¿está bien? -Y le acaricié la cabezota.

Emily rio y negó con la cabeza, pero no tardó en mirarme bajo un silencio que enseguida me hizo tragar saliva.

Miré todo a mi alrededor. No había rastros de mi ropa... y la suya, la que había usado por la noche, estaba desparramada en el suelo. Eso sin mencionar que yo estaba en su cama, apenas cubierto por las sábanas.

-Emily, yo...

Levantó una mano, como señal de *stop*.

-No hace falta, Adam. Creo que es el momento ideal para que acordemos algunos puntos de nuestro trato, ¿no crees?

No lo había pensado así, pero, siendo honesto, me pareció práctico y justo.

-Adelante, te escucho.

-OK... -Se giró un poco para tomar el móvil del escritorio y, al presionar la pantalla, escuché el clic que, era claro, daba inicio a una nueva grabación.

-¿Es necesario? -pregunté. La verdad era que no me sentía precisamente cómodo con la idea de que me filmara y menos en esas *condiciones estéticas*...

-Lo siento, pero sí. -Enfocó el teléfono hacia mí, lo apoyó con cuidado en el escritorio y volvió a mirarme-. Bien... Adam, antes que nada, quiero que me asegures que podré utilizar para mi documental todos y cada uno de los videos que grabe de ti.

-¿Cualquiera?

Asintió con la cabeza.

-Los necesito. Recuerda que se trata de un documental que trata de mostrar los cambios que se generan en tu vida. Y para que esto se vea y se sienta honesto, es necesario que la gente vea y sepa todo de ti. Necesitan conocerte, saber lo que sientes, lo que piensas, lo que te motiva a todo esto, ¿comprendes?

Dudé por un momento, pero ya me había comprometido y, de una u otra manera, supe que podía llegar a ser así.

-Está bien... Podrás usar todos.

-*Absolutamente todos*, ¿cierto? -remarcó ella con los ojos fijos en mí, sin pestañeo de por medio.

Yo entrecerré los míos. ¿No había sido claro?

En fin...

-Sí, por supuesto. Todos. *Absolutamente todos*.

Emily respiró profundo, tal vez más calma.

-OK... Segundo: podré filmarte en cualquier momento.

-¿*Cualquier* momento?! -Comenzaba a arrepentirme de haber aceptado ayudarla.

Revoleó los ojos.

-Tu miedo empieza a ser molesto, ¿lo sabías? -Bufó y meditó unos segundos-. OK... Creo que podemos exceptuar los momentos que necesites para ir al baño, ¿estás de acuerdo?

Qué decir... Algo es mejor que nada.

-Sí, creo que estará bien...

-Genial... -Se tomó un momento hasta que decidió volver a hablar, aunque esta vez lo hizo con la mirada en el piso y la voz débil-. Y tercero...: lo que sea que haya ocurrido anoche entre nosotros, y en esa cama, no debe influir en nuestro pacto, ¿OK?

Se hizo un breve silencio en el que yo, simplemente, asentí. La verdad era que, gracias a mi querido *Las Vegas's Inferno*, no sabía con detalle lo que había pasado, pero el hecho de que yo estuviera en su casa, y en pelotas, me daba un *ligero* indicio.

Aun así, preferí no detenerme en eso y sí, por ejemplo, en lo que Emily, seguro, no mencionaría. Tal vez no pareciera de los tipos más ágiles de mente, pero tampoco era tan idiota.

-De acuerdo con todos *esos* puntos -enfaticé-, aunque... creo que ninguno menciona lo que yo obtendré a cambio, Emily.

Ella sonrió de lado y entrecerró los ojos.

-Al parecer no eres tan tonto. -Se puso de pie al tiempo que se cruzó de brazos-. Pues bien... Uno: te ayudaré a que este cambio de estilo sea rotundo y positivo en tu vida.

Fruncí las cejas. ¿Cambio de estilo? No lo voy a negar: así dicho, me dio miedo.

-¿A qué te refieres?

-Tranquilo, Mr. Bean. Solo te ayudaré a que tengas un nuevo *look*, uno que hable del nuevo Adam que dejarás que florezca, uno que concuerde con este nuevo tipo de vida... una vida que será solo tuya, en la que tú decides todo con tus propias reglas para conseguir lo único que importa para que seas feliz: cumplir tus sueños. ¿Comprendes?

Debí reconocerlo: era una buena vendedora de ideas.

-Una nueva vida... Propia... -susurré, pensativo.

-Exacto. Tu vida, tus reglas -aseveró Emily.

«Mi vida, mis reglas...», pensé. Y me gustó.

-OK... Creo que me agrada.

-¡Perfecto! -Sonrió y volvió a hablar-. Dos, aunque esté incluido en el primero: te ayudaré específicamente a que todo esto te impulse a lograr tu sueño de escribir.

La verdad era que todavía no tenía claro sobre qué cosa escribiría ni cómo conseguiría hacerlo, pero era cierto que el habérselo dicho la noche anterior había hecho que fuera más claro para mí el hecho de que escribir había sido una constante en mi vida y de solo pensarlo me hacía feliz.

-¿Y eso cómo será?

-Pues eso sí que no lo sé. -Frunció los labios y abrió los ojos como dos platos-. Al menos por ahora. Creo que deberemos esperar a ver cómo se siguen dando las cosas... Confía en mí. -Y me guiñó un ojo.

Suspiré profundo. Era un poco vaga la idea y no me convencía del todo, pero qué más daba... me era claro que ya no podía dar marcha atrás.

-OK. De acuerdo.

-Bien. Y tres... No creas que me he olvidado -sonrió, cómplice. Pero yo me quedé callado porque no la entendí, la verdad. Entrecerré los ojos y traté de pensar, pero Emily no aguantó-. ¡Tu esposa, idiota! -Y bufó con revoleo de ojos incluido-. Como sea... Me aseguraré de que Valery vuelva a estar contigo, ¿OK?

¿Era en serio?

Suspiré.

-Vicky. Victoria. Ese es su nom...

-¡Sí, eso! Vicky, Valery, o como demonios sea... -me interrumpió, y luego largó todo el aire al tiempo que estiró una de las manos-. En fin... ¿es un trato?

Traté de pensar algo que se me hubiera escapado y fuera fundamental aclarar, pero su mirada llena de ansiedad y su mano extendida, a la espera de que se la apretara, fueron demasiada presión para mí.

-OK, trato hecho, Emily... -Y suspiré al mismo tiempo que le apreté la mano.

Tal vez fueron unos pocos segundos en los que su mirada se quedó prendida a la mía, pero para mí duró una eternidad en la que sentí una mezcla de excitación, felicidad, miedo y confusión. Y no sé por qué, pero sus ojos, puedo jurarlo, me transmitieron lo mismo que yo sentía, aunque con una mayor e intensa vulnerabilidad... Pero claro, Emily no tardó en soltarme para cortar lo que fuera que allí había ocurrido.

-OK, Adam. Creo que es momento de que te vistas. Tenemos mucho trabajo por hacer. -Traté de levantarme pero ella me lo impidió-. ¡Ni se te ocurra salir en bolas delante de mí! ¡Al menos tápate a *Anaconda*! -Me revoleó un pedazo de tela y se dio vuelta para volver a tomar su móvil.

«¿*Anaconda*?». Eso sí que era una sorpresa. Y sonreí, por supuesto.

-Pues tomaré eso como un cumplido -le dije mientras me ponía... un calzón que no era mío. Cielos...

-Pues no me lo agradezcas a mí, sino a tu público... -dijo en cuanto se dio vuelta y me mostró la pantalla de su teléfono.

Fruñí el ceño. Ella puso los ojos en blanco.

-No voy a preguntarte si sabes lo que son las redes sociales porque anoche hasta me dijiste que tenías, ¿lo recuerdas? -asentí, y ella acercó la pantalla a mi cara-. ¡Pues entonces mira y disfruta! ¡Más de cien mil seguidores en una sola noche, *LoserNumber1*! -resaltó el nombre de mi cuenta.

La verdad era que jamás hubiera imaginado alguna de mis redes con más de un seguidor: Robert. Pero así era: *LoserNumber1*, usuario creado por mis hijos, tenía para entonces miles y miles que lo seguían. Y en cuanto empecé a pensar en el motivo de semejante hazaña..., cerré los ojos y me dejé caer sobre la cama.

-¿No quieres verlo? -preguntó Emily, entre risas. Y claro que no le importó lo que yo pudiera responder porque enseguida le dio *play*, seguro que al menos para que yo escuchara.

Y sí, aunque tuviera los ojos cerrados, lo que me pasó no fue muy diferente a cuando te dicen que no pienses en un elefante rosa y lo primero que haces es imaginarlo, pues los gritos y los apodos

con los que, de seguro, me llamaban hicieron que, en contra de mi voluntad, mi mente recreara el video.

-Te queda bien el *animal print*, Tarzán... -resaltó-. Y lo digo por la tanga. Siento decírtelo: es lo único que llevabas puesto. Y no quiero ser muy gráfica, pero tal vez fuera un poco pequeña para tu... ¿*Anaconda*? -Y empezó a mearse de la risa.

Y no me importaba cuánto más me relatara. Yo no abriría los ojos, aunque agradecí en cuanto oí el tema *Señorita*, de Camila Cabello *feat* Shawn Mendes, pues descubrí que era el *ringtone* de llamadas de su teléfono.

Emily se calmó un poco, y solo tras ver la pantalla, atendió.

-Robert... -dijo. Se mantuvo en silencio algunos segundos, atenta a lo que, seguro, le decía desde el otro lado, y volvió a hablar-. Sí, todavía está aquí. Ya lo hago. -Y puso el móvil en altavoz.

-*Hola, Adam... No pierdas tiempo en explicarme qué demonios haces allí, porque no tiene sentido, ¿OK?* -Bufó-. *Como habrás notado, no tienes tu ropa.* -Era cierto, ya lo había comprobado y no había rastros ni siquiera de mi calzón-. *Pues bien, que el motivo te lo explique Emily... O quizás ni haga falta. En fin...* -Suspiró-. *Antes de que te fueras de aquí con ella, le di algunas prendas y un bóxer. Solo espero que ya lo tengas puesto... ¡Y no! ¡No necesito que me respondas a eso!* -Volvió a bufar-. *Como sea... Te llamo porque tu móvil lo tienes sin batería y le pedí a la zorra de mi prima que lo pusiera en altavoz porque lo que diré es para los dos... - Ambos nos miramos y fruncimos el ceño-. Que quede claro que esto lo hice principalmente por ti, Adam... -Tomó aire-. Pues bien... Esta mañana, un programa local, Hollywood al desnudo, se comunicó conmigo. No sé si ya lo has visto, pero el show de tu *Anaconda* y el *hula-hula*<sup>[17]</sup>, pues... se hizo viral, bro.*

OK... ¿De qué demonios estaba hablando?!

¡Hula-hula?!

Miré a Emily y ella solo metió los labios hacia dentro, tratando de contener la risa.

-Rob, no entiendo de lo que estás hablando... -dije, ya con el corazón en la boca.

¿Qué demonios era lo que había hecho?!

-Pues no tiene sentido que te lo diga, Adam. En unos minutos, pasarán tu video al aire... Lo siento, amigo, pero por más que quiera no puedo detenerlos.

-¡Oh, vamos! ¡No seas hipócrita, Robert! ¿O me dirás que esto no te hará rico? -replicó Emily sonriente.

-*Cierra el culo, Emily, y solo escucha.* -Suspiró-. *La conductora te llamará. Querrán saber más de Adam, pues yo, a propósito, no les dije mucho más que su nombre. Confío en que sabrás qué decir, en especial teniendo en cuenta lo que es mejor para Adam. Solo... no lo arruines, ¿OK?*

Emily suspiró, pero sus ojos parecieron transmitir cierta seriedad, aun cuando Rob no podía verla.

-OK, idiota. Así será... Y gracias -llegó a decir antes de cortar la llamada para salir corriendo de

la habitación.

Claro que yo no hice más que seguirla. ¿Tenía otra opción?

Emily encendió la TV y yo solo me quedé parado cerca del sofá viejo en el que ella se había sentado muy cómoda, con el móvil en la mano, seguramente a la espera del llamado.

Y entonces, *Hollywood al desnudo*, programa que jamás había visto en mi vida, comenzó...

«-¡Y bienvenidos a una nueva edición de *Hollywood al desnudo*, amigos! -dijo una mujer que estaba sentada en un largo sillón junto otros que estarían ¿a modo de panel tal vez?-. Una edición que, creo, será más que especial, ¿verdad, Mark?

-¡Sin lugar a dudas, Julie! -contestó el hombre que estaba más próximo a ella-. Y lamento mucho que hoy no podamos comenzar con nuestras conocidas estrellas, pero... ¡es que esto lo ha superado a todo!

Rieron.

-¡Y sin dudas que así es, pues ha *superado* los cien mil seguidores y en una sola noche, amigos! -dijo ella.

-Sí, Julie. Algo titánico y más aún tratándose de alguien que no era del medio, y digo *era*, porque estoy seguro de que, después de esto, no habrá forma de *pararlo*... -resaltó la última palabra.

La cámara hizo un primer plano a la cara de la conductora que no tardó en mover las cejas, varias veces y de forma pícara, hacia arriba y abajo.

-¡Pues solo él sabrá cómo *pararlo*, Mark!

Volvieron a reír.

-¿Y por qué no ver mejor cómo lo ha hecho, Julie?

-¡Es cierto! ¡Hagámoslo, Mark! -Y señaló al frente. Se hizo un breve corte con el logo del programa y apareció el famoso video...

¿Cómo decirlo? Si antes no había querido verlo de primera mano a través de Emily, pues en ese momento debí hacerlo para comprender, al menos, todo lo que estaba pasando y que seguiría ocurriendo.

El tema *Animals*, de Maroon 5, sonaba a todo volumen y acompañaba a la perfección la imagen de un Adam despeinado, salvaje y en tanga de estampado de *animal print*. Y Emily tenía razón: me quedaba chica, pues podía verse parte de mi bulto con ganas de escapar... algo que no tardó en pasar, por supuesto, pues me lo saqué de inmediato.

-¡Oh, cielos! ¡Pero miren eso, por Dios! -gritó Julie, seguro que haciendo referencia a mi pene que, gracias al cielo, lo habían tapado con el emblema de una víbora, aunque bastante estirado o *gigantizado*, por decirlo de algún modo.

-¡Es increíble, Julie! ¡Pero nada se compara con lo que se viene! ¡El verdadero *show* de Tarzán!

Emily me miró expectante, con ganas de estallar de la risa, pero yo solo tragué saliva... hasta que me vi allí, tomando uno de esos aros luminosos que *alguien* me había lanzado desde el público. Y para hacer ni más ni menos que... ¡¿un hula-hula con el pene?!

-¡Madre mía! ¡Jamás, pero jamás de los jamases, había visto ese movimiento, Mark!

Y yo tampoco, la verdad. En mi vida, lo juro, siquiera lo había intentado hacer. Es que... ¿a quién demonios se le hubiera ocurrido intentar hacer hula-hula con su propio miembro?!

Cielos...

Y ojalá eso hubiera sido todo, pero no. No alcanzó con ver cómo hice volar el aro por los aires que hice lo mismo con mi propia tanga y también con... el sostén rojo que, estaba seguro, pertenecía a la señora de las enormes bubis.

-¡No, no! ¡Pero este hombre ha desafiado a la Física! ¡Es que es simplemente increíble, Julie! ¡¿Has visto la altura a la que llegaron los objetos?! ¡Hasta las estrellas!

-¡Y me pregunto si también será capaz de hacerlas ver! -contestó ella, y carcajearon-. ¡Aunque, con todo esto, casi que lo doy por hecho!

-Pero eso no nos libera de otras preguntas, Julie, como quién es este Tarzán salvaje domador de aros hula-hulas y tangas *leopardescas*, ¿no crees?

-Totalmente de acuerdo, Mark. Pero no te preocupes, pues... tenemos en línea a ni más ni menos que... a su representante, Emily Blond, que nos dirá absolutamente todo de este nuevo *influencer ultrahot*. -Miró directo al frente-. Buenas tardes, Emily. ¿Puedes escucharnos?

Pues sí. El impacto de todo lo que estaba viendo -y que hacían repetir en cuanto el video se terminaba- me había hecho ignorar que la producción del programa ya había llamado a Emily, quien ya tenía el teléfono en la oreja.

-Buenas tardes, Julie. Buenas tardes, Mark -dijo con una soltura y naturalidad que en muy pocas personas había visto.

Gracias al cielo, dejaron de pasar las imágenes de mi *otro yo* en pelotas y solo se veían, en vivo, a los conductores y panelistas.

-Por favor, Emily, necesitamos que nos cuentes un poco más de este Tarzán que ha llegado a nuestra jungla hollywoodense, arrasando con seguidores, tangas, sostenes y ¡hula-hulas! - Carcajearon y se escuchó a Emily hacer lo mismo.

Genial...

-Bueno, Julie, la verdad es que es una larga historia -mintió, por supuesto-. Pero lo que sí es seguro es que ha venido para dejar una fuerte huella en todos.

-¡Ya lo creo! ¡Aunque no creo que lo vaya a hacer con el pie precisamente! -Todos volvieron a reír-. Emily, estoy segura de que muchos se están preguntando si este Tarzán *sexy* viene del mundo circense, por ejemplo, pues, la verdad, ¡las imágenes son impactantes por donde se las vean!

Emily rio.

-Oh, Julie... Bueno, para sorpresa de todos, debo confesarte que no, no viene del circo. -De fondo, se escuchó un leve «Oh» de sorpresa-. Tarzán, cuyo nombre es Adam, es un hombre como cualquier otro que puedes cruzarte por la calle. Él llevaba una vida normal y convencional, pero..., de un día para el otro, la vida lo abofeteó, lo llenó de tristeza y supo que tenía que dar un giro...

-¡Y seguro que uno de trescientos sesenta grados! ¡O al menos eso hizo su Anaconda! -expresó



Mark entre risas.

Las carcajadas estallaron en todo el set y yo solo me acerqué al sillón para dejarme caer al lado de Emily que tenía la vista fija en la televisión.

-¡Pues sí, sin dudas que así fue! -reafirmó Julie, y no tardaron en reproducir en cámara lenta la parte del video en que mi pene revoleó el hula-hula. Por suerte, lo repitieron solo dos veces hasta que volvió la imagen del vivo con los conductores-. Bueno, Emily, entiendo lo que nos dices, pero necesitamos saber qué fue aquello que lo impulsó a semejante cambio, qué es lo que hacía y qué es lo que hará después de todo esto, porque sin dudas que ha marcado un antes y un después, ¿cierto?

-Pues... la verdad, Julie, es que... no puedo decirte nada.

Las caras de asombro de los conductores fue tal que aparecieron en primer plano.

-Pero... ¿y eso por qué?

-Bueno, en este momento, Adam está envuelto en un proyecto del que no podemos dar información, pero, si desean saber más de él, pues... -Hizo un breve silencio y me miró a los ojos con una picardía que no sabría si lo que diría sería bueno o no. Hasta que lo dijo-: podrán leer su libro.

Y ahí fue cuando agradecí haberme sentado, pues si me hubiera quedado de pie me hubiera caído de culo. Es que... ¿estaba hablando en serio?!

-¡Oh, por Dios! ¡No me digas que ya tiene un libro! ¡Dios mío! ¡Por favor, Emily, dinos cómo se llama y dónde podemos conseguirlo!

-Pues aún no está a la venta, Julie. Está terminándolo de escribir, lo que nos da algo de tiempo para decidir cuál de todas las editoriales es la más adecuada y conveniente, por supuesto.

-¡Oh, no puede ser! ¡Queremos tenerlo ya en nuestras manos! ¡Y, por favor, en cuanto se publique, debes prometernos la presencia de Tarzán hollywoodense aquí, en nuestro estudio, y de forma exclusiva!

Se escucharon gritos de euforia.

-Dalo por hecho, Julie. Es una promesa -afirmó *mi representante*, satisfecha.

-¡Muchas gracias, Emily! -contestó Julie para luego dirigirse a la audiencia general-. Y no se muevan de sus asientos, pues... ¡aún tenemos más videos de este desconocido que ha revolucionado las redes de forma salvaje y *tarzanesca*! ¡Vamos a un corte y ya volvemos!».

Se escucharon aplausos y, por fortuna, Emily entendió que debía apagar el televisor o terminaría por tirarme de su balcón.

Aunque aún sonriente, dejó el control remoto, se giró y me colocó una mano sobre la rodilla.

-Escucha, sé que esto puede resultarte un poco difícil y tal vez te lleve un poco de tiempo verle el lado positivo, pero créeme: funcionará.

Entrecerré los ojos y alcé las cejas.

-¿*Terminándolo de escribir*? -la cité, refiriéndome al supuesto libro en el que, para entonces, ya tendría que empezar a trabajar. Suspiré, negué con la cabeza y me dejé caer sobre el respaldo.

-No es para tanto, Adam... Solo espera a que lluevan los correos con propuestas editoriales y verás cómo te entusiasmas. -Y me guiñó un ojo.

-Si tú lo dices... -dije tapándome la cara con las manos. Solo quería despertar y descubrir que todo no había sido más que una pesadilla, pero el móvil de Emily sonó. Miró la pantalla y atendió.

-¡Hola, Cameron! -expresó con un tono un tanto sobreactuado.

Y no hizo falta que lo pusiera en altavoz para que yo escuchara, pues los gritos del otro lado fueron tan claros que los sentí como si la tal Cameron hubiera estado allí mismo.

-*¿Representante de un stripper?! ¿Qué mierda más escondes, prostituta barata de Wisconsin?!*

Emily se alejó el teléfono hasta que pudo volver a hablar.

-Hey, calma. No es lo que piensas... Solo es un trabajo temporal, no es más que un proyec...

-*¡Temporal, mis tetas! ¡No quiero que vuelvas a cuidar a mi niño, vagabunda proxeneta! ¡Y olvídate de volver a pisar Beverly Hills, zorra!* -gritó, y cortó la comunicación.

Cielos... Definitivamente no supe cuál de nosotros dos ganaba en mala racha.

Emily se quedó con la vista fija en la pantalla por varios segundos, sin pestañear, hasta que, suavemente, le saqué el móvil de la mano y le levanté el mentón para que me mirara.

-No sé el motivo del llamado, pero, lo que sea, estoy seguro de que tiene solución... -me animé a decirle.

Ella, medio sorprendida, tragó saliva en cuanto sintió mi mano en su barbilla, por lo que no tardé en dar fin a ese contacto.

-Acabo de quedarme sin trabajo, Adam... Aunque no lo creas, cuidaba a un niño y me pagaban muy bien por eso. Demonios... -suspiró, resignada. Y volvió a perder la mirada pero en el suelo.

¿Era un buen momento para ofrecerle un empleo como *stripper*? Casi que lo hice, pero preferí guardarme la broma.

Su teléfono volvió a sonar y, como Emily aún no reaccionaba del todo, me atreví a tomar la llamada. Un pequeño gran error...

-¿Hola? -saludé, y solo cuando lo hice, ella alzó la vista, con los ojos tan abiertos como si hubiera bebido litros y litros de café.

-¡Adam, no! -gritó y me sacó el teléfono para cortar la llamada. Pero, al parecer, aquello no sirvió de mucho. Enseguida le llegó un mensaje que la dejó vencida, pues dejó caer su móvil al sillón. Y no quise ser entrometido, pero mis ojos no pudieron evitar leer el mensaje que todavía figuraba en la pantalla: «Tres meses de retraso. Lo siento, Emily, pero no me importa si ya tienes el dinero. Mañana cambiaré la cerradura del apartamento. Oh, y saca todas tus mierdas o me veré obligado a dejarlas en la puerta. Suerte... o lo que sea».

Cielos...

La verdad era que no sabía qué decirle, pero algo debía hacer, pues si hubiera sido por ella, se habría quedado todo el día allí, aplastada en el sillón hasta que el dueño se encargara de sacarla y dejarla en la calle junto con sus pertenencias.

Pensé un poco y, aunque sabía que estaría metiéndome en una oscura tormenta, no tardé en saber cómo la ayudaría.

-Escucha..., sé que tal vez no sea lo mejor ni lo más indicado, pero creo que puedo ayudarte.

Ella me miró, aunque con la misma mirada vacía, sin esperanza.

-¿Ah, sí? ¿Tienes dinero para prestarme? Porque, aunque así sea, el idiota no me quiere ver más aquí.

-Pues sí, podría prestarte dinero, pero creo que tengo algo mejor... y no tendrás que deberme nada.

Emily entrecerró los ojos, y yo solo le regalé una media sonrisa que, no sé por qué, pero puedo jurar que la hizo sonrojar.

## Capítulo 5

Hacía doce años que nadie, excepto yo y a veces personal de limpieza, entraba a esa casa. Doce años desde que ella se había ido para dejarla vacía y triste. Una casa que ni siquiera la mismísima Vicky tenía idea de su existencia.

Y quién lo hubiera pensado: allí estábamos Emily y yo.

-Woow... -expresó al entrar, y comenzó a filmar con su móvil.

La entendía, no era para menos. Que estuviera ubicada en la exclusiva zona de Malibú, frente al mar y al lado de ni más ni menos que el restaurante Paradise Starlight, ya era suficiente para esa reacción. Sin embargo, su interior, impecable, moderno pero cálido y lleno de luz, la tornaba la más hermosa de todas las propiedades que tenían el lujo de disfrutar de semejante paisaje.

Le mostré la habitación que podría ocupar el tiempo que necesitara y, en cuanto volvimos a la sala de estar -donde Gonzo ya se había echado a descansar-, su mirada fue directo al ventanal. Era la parte más impactante de toda la casa. Y es que no había existido persona que, en cuanto entrara y casi de forma inmediata, no quedara impactada por aquella entrada de luz. En pocas palabras, era inigualable.

Emily no tardó en acercarse para salir a través del ventanal y la luz del balcón se encendió en cuanto lo hizo. Sus cabellos danzaron al ritmo de la brisa que seguía al sonido del mar. Cerró los ojos, casi olvidando que tenía el teléfono en la mano, y respiró profundo.

-¿En trance? -le pregunté al tiempo que salí para luego acomodar las dos sillas que hacían juego con la mesilla.

-Algo así -dijo al girarse, y sonrió-. Es hermosa, Adam. Y está demasiado impecable para que dos preadolescentes vivan aquí.

La invité a sentarse y, cuando lo hizo, yo la imité. Respiró profundo de nuevo, pero noté que el móvil le estaba limitando los movimientos. Y claro, no tardó en acomodarlo sobre la mesa, y enfocado en mí, para poder relajarse.

-Bueno, en realidad... En realidad, ni ellos ni Vicky saben de esta casa -dije con un poco de vergüenza.

Emily entrecerró los ojos y sonrió de lado.

-¿Es en serio?! ¡¿Me estás confesando que toda esa fachada de Mr. Bean resulta que no es más que para cubrir a todo un donjuán?!

El calor que subió a mi rostro fue tan intenso como el que sentí en mi garganta la primera vez que tomé el *Las Vegas's Inferno*. Y ella no tardó en mearse de la risa al dar por correcto lo que había dicho.

Suspiré.

-Claro que no... -dije como pude.

-Pues creo que no estás siendo del todo sincero, Tarzán hollywoodense. No creas que se me ha pasado por alto la foto que está en la sala... No tienes buen gusto para vestirte, pero sí para elegir chicas -agregó y guiñó el ojo.

Sonreí, pero no como tal vez ella hubiera esperado, porque la tristeza inundó mi ser y no hice más que llevar la mirada hacia el infinito cielo que empezaba a lucir las primeras estrellas de la pronta noche.

-Pues si se pudiera elegir a las madres, yo, sin dudas, la volvería a elegir mil veces más -expresé sin quitar la vista del paisaje.

Se hizo un breve silencio que solo se vio adornado por la música del incesante mar, hasta que Emily, aunque con un tono más bajo y tranquilo, se animó a quebrarlo.

-Lo siento, Adam, yo...

-No te disculpes. No lo sabías. -Me atreví a mirarla y le sonreí.

Ella me regaló una tímida sonrisa y parpadeó un par de veces, lo que me hizo ver que, a pesar de su lado tal vez un tanto manipulador, también tenía un costado sensible.

-No sé si quieres decírmelo, pero... ¿qué ocurrió?

-¿Con ella? -le pregunté, y Emily asintió con la cabeza.

La amargura se me hizo carne de solo volver a aquel momento, doce años atrás, y en el mismo balcón en el que entonces estábamos Emily y yo...

Había amado desde siempre pararse allí, a ver el cielo en pleno atardecer para finalmente descubrir la noche. Las estrellas lo eran todo para ella y el sonido de las palmeras moverse por la brisa californiana, el sonido perfecto para la melodía que hacían con el del mar.

«-Qué hermoso es cada día poder recordar que no importa cuán oscuro se vuelva todo porque siempre habrá pequeños brillos de esperanza que iluminen el camino. ¿No lo crees así, mi pequeño Kermit<sup>[18]</sup>?

No importaba lo adulto que fuera, pues nunca dejó de llamarme así. Y yo amaba eso. Aun así, solo atisbé a sonreír. Me acerqué y, tras cubrirla con su chaqueta de lana, posé mis manos en sus hombros y la acompañé a mirar el mismo cielo que ella contemplaba.

-No te vayas, ma. Solo... no te vayas.

Y la abracé con toda mi fuerza... Una fuerza que, por más que saliera de lo más profundo de mi ser, jamás hubiera podido salvarla de lo inevitable.

Ella, aunque débil, apretó mis brazos con el mismo cariño que me había dado durante toda su vida.

-Solo prométeme que serás muy feliz, hijo.

No pude contener las lágrimas que habían amenazado con escapar en cualquier momento, pero, aun así, se lo haría saber:

-No hace falta, ma. Ya lo soy. Ya lo soy...».

Ese fue el último día en que la vida me dejó sentir su amor de madre... el día más triste y también el último en que fui verdaderamente feliz.

No me había dado cuenta, pero mis ojos no habían parpadeado por un buen rato, y al hacerlo, unas lágrimas, tan agrídulces como las de aquel recuerdo, rodaron por mis mejillas.

Me sequé lo más rápido que pude y volví a Emily.

-Cáncer. Doce años atrás. -Y sonreí, por acto reflejo tal vez.

Emily endureció los labios. Se puso de pie y se apoyó en la barandilla con la mirada otra vez perdida en el cielo.

-Doce años atrás... -suspiró y, al instante, se giró para quedar de frente a mí-. ¿Es casualidad o... tiene algo que ver con tu matrimonio?

Sonreí. Me levanté y caminé hasta quedar a su lado.

-Pues... digamos que no fue precisamente una coincidencia. -Tragué saliva-. Perder a mi madre fue perderme... No quería hacer nada que no fuera estar aquí o en su amado restaurante. -Miré hacia mi derecha y señalé a Paradise Starlight.

La mandíbula de Emily casi que se le cayó.

-¿Me estás jodiendo?! -Sus ojos no me quitaban la vista de encima, pero yo solo negué con la cabeza-. ¿Eres el puto dueño del Paradise?!

-Sí, pero solo Robert lo sabe... Bueno, y Hugh.

Y estuve muy agradecido de que me perteneciera, ya que, de lo contrario, hubiera sido imposible sostener un solo día los gastos de Vicky. No era experto en salarios, pero ningún puesto de asistente o de comprador oficial de papel higiénico hubiera sido suficiente para Vicky. Y, por supuesto, mientras hubiera dinero, jamás me cuestionó de dónde lo obtenía.

-Cielos... -alcanzó a expresar Emily, aún sorprendida.

-Sí... Pero, para mí, sigue siendo de mi madre. Luchó mucho por conseguirlo, aunque siempre lo decía: tenía todo lo que había deseado. Y créeme, no fue fácil para ella, más aún siendo madre soltera. Pero, a decir verdad, debo reconocerlo: haber conocido a Hugh le hizo muy bien o terminó de completarla, al menos.

Emily frunció las cejas.

-Bueno, si mal no recuerdo, el tal Hugh es el que ahora está con tu esposa, ¿cierto?

Suspiré y hundí la vista en el cielo.

-Tú lo has dicho...

-No quiero ser metida, pero imagino que debe ser muy difícil, más aún si tu boda con *ella* tuvo algo que ver con la partida de tu madre, ¿no?

No quise mirarla, pero le respondería.

-Pues... algo así. -Tomé aire y, tras ver el brillo de las estrellas, volví a hablar-. No pasaron más de unas semanas que el dolor de su ausencia se hizo más y más profundo, ¿sabes? Y de no haber sido por Robert, tal vez me hubiera quedado encerrado en mí mismo de por vida.

-Creo que entiendo... Y de ahí, ¿surgió ir a Las Vegas?

Sonreí de medio lado y asentí.

-Sí. En realidad, no tuve opción. Créeme. Su insistencia y el hecho de que tuviera todo

programado, pues... -Arqueé las cejas.

-No hace falta que me lo digas. Hace años que lidio con su obstinación, así que... -Alzó ambos hombros y los dejó caer.

-Y bueno... Tal vez me dejé llevar un poco por el desenfreno y el efecto del famoso trago del que también has sido testigo anoche.

Entrecerró los ojos.

-Espera... No es que quiera adelantarme, pero... ¿es mi imaginación o estoy en lo cierto si concluyo que te casaste en completo estado de ebriedad?

-Bingo. -Y sonreí al mismo tiempo que la miré a los ojos.

Tardó varios segundos hasta que parpadeó.

-¿Pero y por qué demonios no te divorciaste enseguida, Adam?! -preguntó casi furiosa, como si no lo pudiera creer.

-¿La verdad? -Suspiré-. Pues..., me pareció hermosa, sentí que podía ser mi oportunidad de volver a ser feliz y...

Hice una pausa que ella no soportó.

-¿Y?!

-Y... cuando desperté, el hecho de que ella sonriera y estuviera feliz por lo que yo le había prometido... creo que fue suficiente para mí.

Su frente y nariz se arrugaron casi que podría jurar que con odio.

-¿Qué demonios le prometiste, Adam? ¿No le dijiste que estabas inconsciente? O más bien, ¿no se lo *recordaste*? Porque calculo que no es tan idiota como para haberlo pasado por alto, ¿no crees? -Se cruzó de brazos.

Tenía razón. Yo no había podido recordar nada. Pero qué iba a hacer en aquel entonces, ¿no creerle? ¿Abandonarla tal como había hecho mi padre con mi madre?

No, yo no era ese tipo de hombre... aunque, tal vez, me había tomado muy a pecho lo de ser completamente opuesto y distinto a él.

-No me importó, Emily. Lo vi en su rostro. Estaba muy feliz por haberme encontrado.

Bufó y negó con la cabeza.

-¿Qué rayos le prometiste, Adam? *Según ella*, claro -recalcó.

Suspiré.

-Que yo nunca la dejaría... aunque estuviera embarazada de otro.

Se hizo un silencio en el que Emily solo me miró con los ojos a medio abrir hasta que no pudo más y necesitó decir lo que ya sabía que pensaba.

-Eres un idiota. -Y giró el rostro hacia el mar.

-Ya me lo han dicho. Gracias. -Y la imité al mirar en dirección al agua-. Pero no me arrepiento. Pude haberme retractado al instante, pero no quise. Me pregunté ¿por qué no? Después de todo, siempre había sido mi sueño formar una familia, y que se diera en ese momento... No lo sé, sentí que podía ser esa luz en medio de una oscuridad que no podía superar.

Emily volvió a negar con la cabeza, y casi que con furia, dirigió la mirada hacia mí.

-¿Luz en medio de la oscuridad?! ¡Eres un completo idiota y al ciento por cierto, Adam! - exclamó.

No pude evitarlo, sentí su voz con algo más que enojo, por lo que giré hasta mirarla a los ojos.

-¿Por qué? ¿Por pensar que siempre hay una esperanza? ¿Por haber querido darme la oportunidad de volver a ser feliz? -Me acerqué un poco más a ella-. ¿Qué es lo que tanto te enfurece, Emily? ¿O es que no entiendes que algunas personas simplemente somos felices al ayudar a otras a serlo sin esperar nada a cambio?

-¿Ser feliz recibiendo migajas? ¿Intentando llenar vacíos de forma estúpida? ¡Eso no es felicidad, Adam!

-Oh, claro, porque seguro que tú sí sabes lo que es ser feliz, ¿cierto? Al menos te aseguras de jamás salir perdiendo en tus pactos -le dije a centímetros de su rostro.

Endureció los labios, pero no me quitaba los ojos de encima.

-¿Sabes? Es cierto. La verdad es que no tengo puta idea de qué demonios es la felicidad, así que ¿por qué mejor no me iluminas y me lo dices tú? -Se acercó al punto de que pude sentir su aliento entibiar mi piel-. ¿Eres feliz, Adam?

Tragué saliva. Mi corazón latía a mil por hora, aunque no supe distinguir si por la pregunta, la respuesta que no sabía o por sentir a Emily tan cerca de mí.

La furia de los dos pareció desaparecer poco a poco y al tiempo que las respiraciones se acompañaban en un ritmo más calmo, sincronizado. Y no pude evitar notarlo. Sus labios se entreabrieron en cuanto mis ojos viajaron por cada uno de los rasgos de su rostro. La brisa aumentó y sus cabellos volaron sin cesar. Debía acomodárselos, sentía que así tenía que ser. Y cuando mi mano se dispuso para hacerlo, aún en contra de mi insistente razón, el clic de su teléfono lo impidió.

Emily parpadeó más de la cuenta y bajó la vista para luego alejarse, aunque despacio y hacia la mesilla.

-Cielos... -Tomó el teléfono y lo miró-. Se quedó sin memoria.

Genial... Lo había grabado.

-Bueno, no sé si como documental, pero al menos lo podrás vender muy bien como novela.

Ella sonrió de lado, aunque creo que con amargura, y se acercó al ventanal con toda la intención de entrar a la casa.

-Creo que me iré a descansar...

Pero no le dije nada. Solo asentí. Y no supe si esperó a que la siguiera, pues, sin siquiera mirarla, me volví a girar para hundir los ojos en las estrellas y el oscuro mar.



## Capítulo 6

Me había costado dormirme y no fue hasta cerca del amanecer que lo había conseguido. Lo que me había dicho, lo que yo le había confesado y, en especial, que lo hubiera grabado solo eran las menores de mis preocupaciones si no tenía en cuenta el hecho de que, de no haber sido por su molesto teléfono, hubiera terminado más cerca de ella de lo que mi razón deseaba.

Como fuera, ni dormir pude, pues si bien con sus gritos hubiera sido suficiente, Emily creyó que necesitaría algo más para despertarme. Algo como... un vaso de agua.

-¡Hey! ¡Idiota! -Me tiró todo el líquido en la cara-. ¡Despierta! ¡A menos que quieras perderte el mejor momento de tu vida!

El infarto para el que mi cuerpo se preparó no llegó solo porque las lamidas de su perro no se hicieron esperar.

Me acomodé, contuve un poco a Gonzo y, tratando de obviar lo del vaso de agua, la miré. No pude evitarlo, me hizo sonreír. Parecía aquella Emily de tantos años atrás: entusiasmada hasta los huesos y ansiosa por volver a hablar.

-Y entonces... -Fue lo único que pude decir, pues casi que me pegó la pantalla de su móvil en la nariz.

-¡Ayyyyy! ¡Te lo dije! ¡Lo logramos, Adam! ¡Lo logramos!

Tomé el teléfono y no pasaron más de tres segundos en los que me di cuenta a lo que se refería. ¡Era el correo de una editorial! Aunque, siendo más precisos, era el *e-mail* de un conocido editor del grupo editorial más codiciado del país.

-¡¡¡Oh, mierda!!! ¡¡Mierda!! -No pude evitar expresar, lleno de emoción.

Emily me tomó de las manos y el teléfono cayó al suelo, pero no le importó, pues, como en los viejos tiempos, empezamos a saltar sobre la cama. Y Gonzo no hacía más que girar sobre sí mismo al tiempo que ladraba sin parar.

Por supuesto que saltar así nunca terminaba bien. Y esta vez no fue la excepción, pues Emily cayó hasta quedar acostada, aunque sin dejar de mearse de la risa, y yo también caí, pero sobre ella y de verdad que sin querer. Nos miramos y, aunque la risa se mitigó, el ladrido de Gonzo ayudó a que volviéramos a sentarnos para hablar más tranquilos.

-OK... Creo que hay varias cuestiones por organizar, ¿no crees? -me preguntó feliz mientras se acomodaba el pelo en una nueva coleta.

-Pues sí... Lo del contrato será fácil, solo deberemos leerlo con detenimiento para firmarlo. Y lo del evento para festejar podría ser en...

-¡En el Paradise Starlight! ¡¿Te imaginas?! De noche, a la orilla del mar, con música de onda, buena comida... Y lo mejor de todo: ¡habla de ti! ¡¿Qué más se puede pedir?!

La verdad era que Emily tenía razón. Era el lugar ideal para lo que proponía la editorial. En sí,

pedía que analizáramos bien el contrato y lo firmáramos lo antes posible, pues su idea era la de dar la noticia ese mismo viernes por la noche para aprovechar el *boom* y el buen empuje que había dado la aparición de mis videos en *Hollywood al desnudo*. Sin dudas, una buena estrategia de *marketing*. Y era por eso que debíamos escoger un lugar, pues en ese agasajo era donde se haría pública la noticia de que mi libro, del que no había que mencionar el nombre, se publicaría exclusivamente con ellos. Y qué mejor que hacerlo en uno de los restaurantes más deseados de California y que, encima, aunque solo lo supieran unos pocos, fuera crucial en mi historia... una historia sobre la que, por cierto, debía empezar a escribir.

-¡Excelente idea, Emily! -Le apreté las manos, pero se las solté al ponerme de pie para empezar a vestirme-. Pues iré ya mismo al Paradise. Necesito avisar para que todo se organice lo mejor posible.

-Sí, claro. Cuanto antes, mejor. -Respiró profundo y volvió a hablar-. Aunque también deberás apresurarte con la lista de invitados. Lo más probable es que la editorial tenga la suya ya armada, por lo que... solo me refiero a los tuyos personales. -Tosió-. No sé... ¿Quieres que de eso me ocupe yo?

Nos miramos unos segundos en los que no supe traducir lo que nos dijimos, por lo que increíblemente preferí hablar.

-Pues... claro. Me harías un gran favor, aunque, para serte sincero, la verdad es que no sé muy bien a quiénes avisar. -Suspiré y pensé unos segundos-. ¿Crees tú que debería...?

Vi cómo Emily tragó saliva para, de forma instantánea, interrumpirme.

-¿Invitarla? -preguntó rápido, como si nada. Y yo asentí con timidez a lo que ella respondió con una sonrisa que detecté en extremo exagerada-. Por supuesto... Después de todo, es parte del trato, ¿verdad? Digo, el volver con ella... -Y sostuvo la sonrisa.

-Sí..., claro. El trato... Lo había olvidado. -Suspiré al tiempo que bajé la cabeza, pero enseguida parpadeé para volver a mirarla-. Pues será un buen momento para intentar recuperarla, ¿no crees? -Y le sonreí, aunque sentí que no lo hice con el mismo entusiasmo que, en realidad, se suponía que debía tener.

-Seguro, Adam. Seguro...

Creo que fue el momento más incómodo que pasé en mi vida. Y créanme que eso, visto todo lo que ya he pasado, es mucho decir. Pero, por fortuna, mi móvil, entonces ya cargado, sonó con un mensaje de Rob.

ROB: ¿Cómo está la nueva estrella de L.A Jungle? ¿Alimentando a Anaconda? ¡Jaja! Como sea... no olvides venir a practicar para el show del viernes. Nos vemos, Tarzán...

-¡Rayos! -Me acaricié el cabello y lo tiré hacia atrás para luego dirigirme a Emily-. ¿El correo decía viernes por la noche?

Tomó el teléfono.

-Pues sí... ¿Hay algún problema con eso? -me preguntó. Le mostré el mensaje de Rob y ella chasqueó la lengua.

-La verdad es que, siéndote honesto, no creo que pueda seguir con esto de ser *stripper*, Emily.

Pero sé también que eso significaría cagarme en Rob. Después de todo, él no solo te dio la oportunidad a ti, al dejarte usar su club, sino que además corrió un gran riesgo al dejarme salir a su escenario y más aún en el estado en que yo estaba. -Suspiré profundo, casi resignado-. De verdad que no sé qué hacer...

Emily parecía igual de preocupada que yo, pero enseguida volvió a sonreír de esa manera pícaro y transparente, tan típica de ella.

-¡Pues olvídate! No tienes por qué volver a ponerte en pelotas y tampoco tendrás que preocuparte por Rob.

Fruncí las cejas. Conociéndola, no me dejaba tranquilo.

-Emily...

-¡En serio que tengo un plan! -exclamó. Pero mi expresión no cambió, por lo que revoleó los ojos y bufó-. OK... De verdad, Adam. Puedes quedarte tranquilo. Conozco a alguien que comparte contigo algunas *características*. -Me guiñó un ojo con picardía-. Además debo ir a venderle una cosa que seguro querrá tener en sus manos. -Y se quedó pensando por unos segundos. Yo fruncí las cejas porque no entendía a qué se refería, pero no pude preguntarle porque siguió hablando:- Aunque más bien sería revenderle, pues era de él antes de que yo me lo ganara en una apuesta. En fin... -Sacudió la cabeza-. Créeme, le encantará ser el nuevo Tarzán de Hollywood, aunque dudo de que pueda tener la misma gracia que tú con el aro hula-hula, pero, aun así, no creo que me sea complicado enseñarle, así que...

Abrí los ojos al punto de sentirlos tan grandes como dos huevos de avestruz.

-Espera... ¿Fuiste tú la que me hizo hacer lo del hula-hula?! -Tragué saliva-. ¿Acaso tienes pene y nunca lo supe?!

-Oh, por Dios... -Revoleó los ojos y largó todo el aire de los pulmones-. Simplemente haré de cuenta que no preguntaste eso. Y sí: fui yo la que te enseñó cómo usarlo... aunque, en mi caso, aclaro que sé hacerlo con el pie, solo para evitar que tu imaginación degenerada siga volando.

Y tal vez la curiosidad no fuera algo que precisamente me identificara, pero el haber compartido tantas horas con ella tenía un efecto de contagio.

-Así que fuiste tú, ¿eh? -Me senté de nuevo en la cama-. ¿Y es puro talento o también lo aprendiste para algún *show especial*?

Emily rio y sus mejillas se enrojecieron.

-¿Talento? -Negó con la cabeza-. Claro que no, aunque debo reconocer que ese numerito más los bucles me han hecho ganar algún que otro concurso cuando era una niña. -Y se fregó los ojos para disimular la vergüenza que era más que notoria o, al menos, yo la había podido detectar sin problemas.

-Pues... no dudo de que así haya sido, más aún al recordar tu verdadero cabello. -Y no sé muy bien por qué, pero necesité acariciarle el pelo rubio y pajoso para luego hacérselo a un lado-. Te quedaban muy bien los bucles... y castaños.

Emily tragó saliva y el sonrojo no se le iba.

-No lo creo... Además solo me recuerda a esa época de mierda en la que solo era el monito de diversión de Carly...

-Carly... -dije dudando. Me sonaba el nombre. Y al fin se me encendió la lamparilla de la memoria-. ¡Oh, sí! ¡Tu madre! ¿Qué ha sido de ella? Es que apenas la recuerdo de... -Me arrepentí en cuanto estuve a punto de pronunciarlo, pero ya no podía dar marcha atrás-. Del funeral de tu padre -suspiré-. Lo siento.

-Pues no te sientas así. No me llama la atención que solo la recuerdes de ese momento, Adam. Siempre viví con mi padre y solo apareció cuando no le quedó opción. Y bueno... La verdad es que me sorprendió que quisiera quedarse conmigo y hasta me ilusioné, por lo que tampoco me culpo... Apenas tenía cinco años.

-Sí, pasó mucho tiempo... -No sabía qué decir.

-Muchos años, y en los que terminé por entender que solo se había hecho cargo de mí en cuanto supo que podía hacer un buen negocio con eso de los concursos de cuarta. Maldita drogadicta de mierda... -suspiró al tiempo que negó con la cabeza gacha-. Claro que esto solo fue hasta que ya no le fui funcional... -Se mordió el labio inferior, y llegué a notar que una lágrima casi rodó por su mejilla, pero su mano lo impidió a toda velocidad-. Como sea... Por suerte, ya no está. -Y sonrió sarcástica.

Sus ojos no parpadeaban, pero estaba seguro de que no lo hacían para evitar que el mar de lágrimas, que los cubría, desbordara.

Tragué saliva. Su mirada estaba llena de tristeza y furia, una mezcla extraña y muy distinta a la que yo sentía cuando hablaba de mi madre. Pero el dolor... el dolor era el mismo. Y solo hice lo único que sirve para calmarlo.

-Pues, aun así, lo siento, Emily, pero el castaño y los bucles a mí solo me recuerdan a esa pequeña y divertida niña que lo único que quería hacer era saltar, como lo hicimos hace un rato en esta cama.

Y la abracé. La abracé en cuanto las lágrimas brotaron de sus ojos, aunque por causa de lo más hermoso que ella sabía hacer: sonreír.

## Capítulo 7

¿Qué puede ocurrir en unos pocos días? Pues, en algunas ocasiones, muchas cosas, pero en otras... Otras veces simplemente te la pasas haciendo lo que debes porque estás contra reloj. Y así fue tanto para Emily, que no paraba de editar el documental que debía entregar como fecha límite el mismo viernes del agasajo, como para mí... que no hice más que firmar el contrato para escribir, borrar e intentar a volver a escribir pero sin éxito. Al menos hasta el jueves al mediodía, momento en que, en medio de un vacío existencial, necesité de ese momento de reflexión al *estilo Robert*.

-¡Oh, bro! Te juro que no podría vivir en otro lado -expresó Rob al tiempo que se tiró sobre la arena al lado mío.

El mar estaba bastante revoltoso, lo que era ideal para las surfeadas de mi amigo. Y yo, por lo general, no hacía más que mirar y disfrutar el aire playero, aunque esta vez mi cabeza no había podido dejar de pensar, sin cesar, qué y cómo demonios escribir el libro. Nada de lo que había hecho me convencía.

-Qué bueno oírte con ese ánimo, Rob. Al menos uno de los dos está bien.

Alzó una ceja.

-¿Vicky? -me preguntó, pero yo fruncí las cejas y negué con la cabeza. Robert tardó unos segundos hasta que puso los ojos en blanco-. Oh, por Dios... No hace falta que me lo digas. Emily. ¿Qué ha hecho ahora?

-¿Emily? -Sonreí-. Pues te sorprenderás, pero esta vez ella no ha hecho nada. Aunque no lo creas, esta vez el problema soy yo. O mejor dicho, *mi libro*. -Suspiré y clavé la mirada en el mar que parecía volverse cada vez más salvaje. No quise imaginarme las ganas que estaría conteniendo mi amigo de volver a montar esas olas.

Robert entrecerró los ojos y me miró fijo.

-¿En serio? ¿Y qué problemas podrías tener, Adam? ¿Acaso tienes vergüenza de escribir sobre ti? Porque si es así, no deberías sentirte de ese modo. Te recuerdo que mínimo todo California conoce tu pene, amigo...

Revoleé los ojos. La verdad era que tenía razón. Pero no era eso lo que sentía.

-Si esa fuera la razón, tendría que haberme ido del país hace varios días... -Respiré profundo-. En realidad, no sé qué escribir... -Chasqueé la lengua-. No. Quiero decir... Sé que debo escribir sobre quién soy... o, más bien, quién era y quién soy o seré después de esto que pasó en el club, pero... no me sale. No lo sé.

-Bueno, la verdad es que dicho así... no sé, es medio confuso. Pero tal vez debas pensarlo de forma distinta, bro... -Clavó la vista en el mar-. Tal vez tengas que pensar menos desde afuera. Quiero decir, creo que deberías escribir desde ti mismo.

Fruncí la frente.

-¿Desde mí? Creí que ya lo estaba haciendo... Demonios.

Rob rio.

-Pues no tengo ni puta idea de lo que te estoy diciendo, la verdad. No soy escritor, Adam, pero lo único que sé es que si quieres escribir algo que sea honesto o te que te convenza, eso solo ocurrirá si lo escribes para ti, sin pensar en que lo estás haciendo para otras personas que no conoces, ¿me entiendes? Y valdrá la pena porque, al hacerlo de ese modo, vivirán las mismas emociones que tú tratas de hacerles llegar. No lo sé, creo que solo así se puede lograr que los que te lean sientan lo que tú sientes.

No voy a negarlo. Sentí terror.

-Pues... me parece demasiado arriesgado, Rob. ¿Qué pasa si no les gusta? -Negué con la cabeza de solo pensarlo-. ¿Te imaginas las críticas negativas?! En definitiva, significaría que yo no les agrado, y eso... eso podría derrumbarme. -Suspiré, resignado.

-¿Y de qué mierda crees que trata el arte, Adam? ¡Pues de eso! Te guste o no, lo que inventas es una maldita extensión de ti. Pero el problema no es ese, sino que te preocupe que no les agrade tu creación, ¿entiendes? -No dejaba de mirarme-. A ver, amigo... Lo que escribas tiene que salir del corazón, ¿OK? No puedes pretender agradar a todo el mundo. -Rio-. ¡Vamos! ¡Sabes que eso es imposible! Es como creer que, porque la gran mayoría toma cerveza, a todo el mundo le gusta beberla. -Y sonrió.

No sé por qué, pero si me había faltado algo para comprender que era el mejor amigo que alguien pudiera tener, las palabras de aquella tarde me lo confirmarían por siempre, pues sin decirme lo que hubiera querido escuchar, me había dado la clave para hacer lo que, sin dudas, más me gustaba y siempre había soñado lograr.

Le sonreí, agradecido, y chocamos los puños para terminar de disfrutar la tarde como siempre lo hacíamos: él domando el mar, y yo contemplando agradecido el tenerlo en mi vida.

\*\*\*

Por un lado, estaba calmo porque no era que debía entregar el libro el mismo viernes, aunque sí, al menos, debía estar seguro de lo que iba escribiendo, pues todo eso lo transmitiría el día del agasajo con cualquiera que buscara hablarme.

Por fortuna, el que Rob me hubiera iluminado me había renovado las energías, me había dado más seguridad. Aunque, por otra parte, eso no implicaba más tranquilidad, ya que había entendido que me desnudaría una vez más, aunque no literal, y en un libro.

Como fuera, tras visitar el Paradise Starlight para controlar que todo estuviera listo y organizado para el día siguiente, volví a la casa. Quería contarle a Emily mi nueva visión, la nueva forma en que haría ese libro del que todavía no conseguía elegirle un nombre, por cierto. Pero cuando entré, al ver que Emily no estaba, fui directo al balcón, donde solía pasarse el día entero editando sin parar. Me acerqué y, si bien ella no estaba allí, sí su *notebook* y móvil.

A esta altura creo que es necesario reconocer que su curiosidad terminó por convertirse en una

enfermedad que me contagió y nunca más logré curar, pues me fue inevitable tomar su teléfono en cuanto sonó y brilló la pantalla.

GINGER: ¡Eres una maldita puta de mierda! ¡Me las pagarás, bola de grasa!

Cielos... La verdad era que no quería siquiera preguntarle lo que le había hecho, porque, tarde o temprano, nos enteraríamos. De eso estaba seguro. Sin embargo... Apenas moví los ojos no los pude quitar de la pantalla del ordenador. Es que... ¿podía ser cierto? Quería creer que no. Pero, aun así, no podía evitar sentirme mal. Y no sé por qué, pues sabía que no tenía que esperararlo, ya que teníamos un pacto, pero es que ver *ese* video allí hizo que me diera un vuelco en el corazón. Y cuando me refiero a *ese*, no se trata de ninguno de los que a cualquier otro le hubiera preocupado - por ejemplo, en los que aparezco ebrio o bailando en pelotas-, sino al de aquella noche en la que me había filmado hablando sobre Vicky, sobre mi madre, sobre mis secretos... en definitiva, sobre lo más íntimo y frágil de mi ser. Y estaba seguro de que ella lo había estado mirando, pues cuando le di *play* ya estaba por el final, justo por la parte en la que me había preguntado: «¿Eres feliz, Adam?».

Sentí que algo dentro de mí se quebró en mil pedazos, pero no pude detenerme a pensar mucho más, pues su voz me hizo girar hacia el ventanal.

-Adam... -El tono era bajo y calmo, muy distinto al de la Emily habitual.

Pero yo solo sonreí de esa manera que sale cuando no quieres que vean la tristeza que, en realidad, te inunda por dentro.

-No te preocupes, recuerdo bien lo que acordamos, así que... no te pediré nada. -Respiré profundo y sonreí un poco más-. Estoy seguro de que será un éxito. Ganarás, Emily. Ganarás.

Y me fui a mi habitación. No quería escuchar ninguno de sus tan convincentes argumentos, pues, dijera lo que dijera, sabía que no habría ninguno que me quitara aquella sensación o que me convenciera de que estuviera mal el sentirme así.

Entré y lo único que quise hacer fue tomarme el cabello de la rabia, de la furia que no podía contener. Pero apenas pude hacerlo, pues el ruido de mi puerta moverse hizo que girara en un santiamén.

Era Emily. Una Emily que, con la mirada fija en mis ojos, no atisbó a hablar.

-Te dije que no necesito que...

Pero no pude seguir, pues ella caminó a toda velocidad hacia mí para callarme con el beso más inesperado y único que alguna vez recibí.

El sabor de su boca, la calidez de sus labios y la danza acompañada de nuestras lenguas fue tan solo el preámbulo de lo que su cuerpo y el mío pedían a gritos.

Y la haría tan mía como ella me haría suyo también, pues no lo pensamos, no lo discutimos, simplemente nos lanzamos a sentir, a cumplir lo que nuestros corazones nos exigirían desde entonces y sin más.

## Capítulo 8

Me desperté y, de forma automática, posé mi mano al costado donde se suponía que debía estar Emily, pero su ausencia era obvia. Me levanté y no tardé en ir al balcón, donde imaginé que debía estar editando. No le quedaba mucho tiempo para terminar, pues ya era viernes y era el último día en que podía entregar lo que fuera que había compaginado como documental. Sin embargo, al llegar, la imagen fue muy distinta a como la había imaginado.

-Buen día, Tarzán hollywoodense -dijo tras girarse al escucharme atravesar el ventanal. Estaba contra la barandilla con una enorme taza de café y, a su lado, Gonzo... muy tranquilo, lavándose sus generosas partes, por supuesto. Y aunque me hubiera gustado verla con menos ropa, ya estaba vestida, ¿tal vez lista para salir?

Sonreí y me acerqué para saludarla, pero con un beso en esos labios que, sin necesitar preguntarme por qué, me habían hechizado desde el primer momento en que habían rozado los míos la noche anterior.

-Te veo muy tranquila. ¿Ya has terminado de editar? -Y no, no preguntaría si había incluido *ese* video. No quería saberlo, no me interesaba y no valía la pena en comparación con lo nuevo que sentía desde que nuestros cuerpos se habían unido horas atrás.

Emily sonrió y me dio la taza.

-No te preocupes por eso. Ya tengo listo lo que debo entregar. Tú solo preocúpate por tu *speech* y en soltarte lo suficiente para disfrutar... sin tener que precisar de un trago como el de Las Vegas, claro... -Tomó su bolso, que estaba sobre la mesa, y se encaminó al ventanal.

-¿Y me dejarás disfrutar solo? -le pregunté con una sonrisa de medio lado.

Ella se sonrojó al tiempo que sonrió.

-Claro que no. Solo... debo terminar de ultimar unos detalles.

-¿Tan necesarios son? -pregunté, y puse ojos de cachorro triste.

Emily revoleó los suyos.

-Estaré a tiempo. Confía en mí... -Me guiñó un ojo y se fue.

Y yo solo suspiré, aunque esta vez de felicidad, pues no haría más que beber el café con los ojos dispersos en el paisaje de la mañana más hermosa que había tenido desde hacía mucho tiempo atrás.

\*\*\*

Mis nervios estaban haciendo estragos conmigo y ni el hecho de que Robert estuviera al lado mío me calmaba. Es que Emily aún no llegaba, y si bien había contestado mis mensajes con varios «Estoy bien, en unos minutos estaré allí», su falta de puntualidad comenzaba a desesperarme.

-Escucha, sé que no es mucho, pero aunque sea impuntual, estoy seguro de que llegará -me dijo Robert. Pero ni eso me calmó-. Voy por un trago. ¿Quieres uno?

El hecho de que yo entrecerrara los ojos fue la negativa más contundente para Rob que,



seguramente por no soportarme más, se fue a buscar uno para él.

Es que los nervios me estaban carcomiendo, pero, aun así, pude distraerme un poco al ver que todo estaba impecable. La organización había sido perfecta, y la gente bebía y comía mientras socializaba de lo más natural. La música de fondo era ideal y el clima se había prestado para hacerlo afuera, a orillas del mar.

Me calmé al concluir que todo estaba tal como lo habíamos planeado, y cuando miré al cielo y a las estrellas brillar, ese tema musical de fondo hizo que quisiera voltearme. Nunca agradecí tanto haber seguido mi instinto, pues jamás olvidaré ver a Emily acercarse a mí al son de su tema, *Señorita*, de Camila Cabello *feat* Shawn Mendes. Su imagen... su imagen era más de lo que pude esperar. Su sonrisa, sus ojos, sus mejillas sonrojadas y ese vestido azul, sencillo e ideal, no fueron nada en comparación a su precioso cabello... inesperadamente castaño, sano y llenos de unos bucles que solo la hacían ver la mujer más hermosa y especial del mundo.

-Por Dios, Emily... -apenas logré pronunciar, pues ella no hizo más que lanzarse sobre mí para besarme tal y como lo había hecho la noche anterior.

Y no solo sentí pasión, deseo o fervor. Por primera vez, sentía libertad y una paz que se convirtió en mi completa armonía junto con el sonido de las palmeras que bailaban al son del viento y de la música del mar. Y, con los ojos cerrados, aún podía vernos brillar, pues me había dado cuenta de que gracias a Emily, también me había convertido en una estrella en medio de la oscuridad.

Despegó sus labios de los míos y fundió esa verde mirada en mis ojos que no podían hacer más que contemplarla como el tesoro más especial que pude haber encontrado.

-Solo quiero que sepas que llegué tarde por el cambio de *estilo* -resaltó graciosa-. Arreglarlo resultó ser más complicado de lo que parece.

Sonreí.

-Pues pensé que también había sido por algún problema con la entrega del documental. Ya sabes... ¿Ginger?

Emily rio mientras negaba con la cabeza.

-Pues, aunque no me lo creas, Ginger ya no será un obstáculo... -dijo, y yo fruncí el entrecejo-. Bueno, la verdad es que decidí no presentar el documental. -Y sonrió de forma tenue, tranquila.

No sabía cómo sentirme, si aliviado o mal por ella.

-Pero, Emily, era tu sueño.

Emily negó con la cabeza y, sonriente, me acarició el rostro.

-Eres un idiota... -Y volvió a besarme como solo ella sabía hacerlo.

Lo juro. Hubiera seguido así toda la maldita noche, pero aquella voz nos volvió a la realidad.

-Vaya... Quién iba a decirlo... Sabía que habías cambiado bastante, pero nunca pensé que también de gusto, Adam. -Caminó hasta nosotros y miró de arriba abajo a Emily-. Perdona que sea dura contigo, pero es como si hubieras pasado de amar al caviar a preferir una repugnante hamburguesa casera... -Y sonrió de lado, con los brazos cruzados.

No voy a mentir si dijera que no esperaba su presencia. Y, a decir verdad, estaba igual que

siempre: hermosa, impecable y fría... En pocas palabras, tan solo como podía ser ella, Victoria Valentine.

-Vicky... -Separé mi cuerpo del de Emily, pero con la mano unida a la de ella, hasta que quedamos de frente a Victoria-. Qué sorpresa. Has venido.

-¿Y cómo no iba a hacerlo, Adam? Además, no deja de sorprenderme este cambio tuyo. No has respondido ni uno solo de mis mensajes...

Emily me miró y parpadeó más de la cuenta, tal vez sorprendida porque nunca le hubiera dicho nada de aquella insistencia de Vicky. Pero era que, siendo honesto, no lo sentí importante ni necesario mencionarlo. Después de todo, mi vida sin ella estaba marchando más que bien y, aunque impulsado por Emily, lo hacía siguiendo mis propias reglas, algo que, sin dudas, yo sentía como lo mejor.

-Sí, lo lamento, es que realmente no tuve tiempo. Ya sabes... -Y alcé las cejas.

Vicky entrecerró los ojos una milésima de segundo, como si se hubiera dado cuenta de que no había generado nada en mí, lo que quizás sí hubiera funcionado poco tiempo atrás.

-Ya veo... -Se acercó más sin importarle la presencia de Emily-. Pues me parece bien. Es parte de entender el éxito. -Sonrió-. Y por eso quería que supieras que ya no estoy con Hugh.

Fruncí el entrecejo.

-¿Ah, no?

-No, Adam. Ya no. Entendí que sí eres capaz de sacar lo mejor de ti. Y me alegra que el haberte dejado te ayudara a ver todo lo que eres capaz de lograr. Es por eso que quiero que sepas que ya puedes volver, cariño. Ahora sí estamos hecho el uno para el otro. -E intentó acariciarme el rostro, pero me incliné hacia atrás.

Emily rio, indignada, aunque debo admitir que se contuvo.

-Pues agradezco tu reconocimiento, Vicky, pero creo que también es importante que sepas que hace ya varios días envié firmado lo que tanto anhelabas hasta hace poco tiempo atrás, así que...

Y sí, la mirada de Emily fue de sorpresa. Creo que ni ella se esperaba que por mí mismo, y solo, hubiera tomado el divorcio como la más liberadora decisión.

Vicky parpadeó más de la cuenta y la respiración se le agitó en cuestión de segundos.

-¿De qué estás hablando, Adam? -Negó con la cabeza. Era la primera vez que la veía así, como si no hubiera podido procesar con claridad-. No puedes estar hablando en serio... -Miró a Emily y se le endurecieron los labios-. ¿Es que acaso estás ciego?! ¿Cómo demonios eres capaz de dejarme por esta rechoncha vulgar?! ¡Y que encima no hará más que ponerte en ridículo con ese documental de mierda!

Fruncí las cejas y vi cómo Emily me miró. Tal vez fueron unos segundos en que la confusión, el dejarse llevar por Vicky y su impulsividad lo arruinaron todo. Y, aunque me apresurara a hablar, de nada sirvió.

-Emily no entregó nada, Vicky. Así que si me disculpas...

-Oh, cariño, pues lamento decepcionarte, pero créeme que sí lo ha hecho. Y te aseguro que así

es, pues una muy buena fuente me confirmó que sí ha enviado un video. -Miró a Emily que estaba a punto de estallar, pero volvió a mí, segura y con esa sonrisa que ponía cada vez que se sentía victoriosa-. Pero claro, solo queda en ti si confiar en tu esposa de hace doce años o... en una *estafadora* de toda la vida -resaltó.

Yo suspiré y, con ambas manos, acaricié mi cabello hacia atrás. No soportaba más la situación. Pero Emily no sé si por la furia que contenía, si por la inseguridad que le hacía sentir Vicky o porque le había soltado la mano, no tardó en estallar con ese orgullo tan clásico y destructivo que la dominaba.

-Pues, ¿sabes qué, Adam? Te liberaré de que siquiera dudes, pues la perra de tu esposa tiene razón: envié un video. Pero para que veas que no soy ninguna estafadora, te dejaré con ella. Después de todo, volver a su lado era parte del trato, ¿verdad?

Y tras dejar escapar unas lágrimas de furia, se fue corriendo en dirección a la casa.

Quise ir tras ella, pero Vicky me lo impidió al ponerse delante de mí.

-Adam, entiendo que estés confundido y lamento por lo que hemos tenido que pasar, pero, sea como sea, soy tu esposa. -Y colocó una mano en mi mejilla para que solo la mirara a ella.

Pero no tenía tiempo, por lo que me ahorré todo un *discurso del fracaso* en relación con nuestro matrimonio y se lo resumí en una sola palabra:

-Ex, Vicky. Solo eres mi ex. -E hice a un lado su mano para correr detrás de la única persona que me había dado ánimos para arriesgarme, lo que me permitió conocerme a mí mismo para empezar una nueva vida. Corrí tras ella porque, si había una persona con quien quería compartir semejante libertad y felicidad, esa solo podía ser Emily. Y no solo mi razón lo había aceptado, sino mi corazón que, feroz, latía desenfrenado de solo imaginar perderla.

-¡Emily! -grité, y agradecí correr más rápido que sus pies, pues me permitió ponerme delante de ella.

-Ya basta, Adam. No quiero seguir con esto. Vete y déjame en paz. No tengo por qué darte explicaciones.

-No tienes por qué hacerlo. ¿Es que no lo entiendes? No lo pretendo, Emily -expresé tratando de que me mirara, pero no hacía más que moverse de un lado a otro, intentando escaparse-. ¿Sabes? No me importa si has enviado el documental. Jamás te pedí que no lo hicieras.

Y solo en ese momento eligió mirarme, aunque con una mezcla de furia con indignación.

-Es que ahí está el problema, Adam. ¡No confías en mí! -Trató de contener el llanto.

Fruncí las cejas.

-¿Que no confío en ti? ¿Es una broma? Lo hice y lo sigo haciendo más que nunca. ¿Acaso no lo ves? -Le tomé ambas manos y ella no pudo evitar más el mirarme directo a los ojos-. Desde el primer momento que lo hago; tienes cientos de videos que confirman que así es. Y no me arrepiento porque en cada decisión que tomé, en cada elección que puse mi futuro en juego, nunca me abandonaste, jamás me dejaste solo. -La abracé por la cintura y la acerqué a mí-. Y créeme cuando te digo que nunca en mi vida me sentí más libre que a tu lado, aprendiendo a vivir, a

arriesgarme a cualquier costo, bajo nuestras propias reglas y sin importar el qué dirán. Créeme, Emily. Confío en ti.

Y como si la misma brisa nos hubiera impulsado, nos besamos de nuevo bajo aquel cielo lleno de estrellas que no solo iluminaban la noche, sino que, además, se multiplicaban en el reflejo del mar.

## Epílogo

Tal vez el comienzo de la noche de aquel viernes había sido un poco dramática, pero terminó de la mejor manera: felices por un *speech* que salió genial, con un brindis por el anuncio de la firma del contrato editorial y, principalmente, sin nadie borracho ni en pelotas. Aunque claro, no pudo faltar el toque de Gonzo que, por cada invitado que le caía bien, le estacionaba el pene en los pies en demostración de su felicidad.

Y aunque Robert estuviera en mi agasajo, la noche en L.A Jungle fue un éxito total. El nuevo Tarzán, conseguido por Emily, no fue más que el exnovio de Ginger y, si bien, según los comentarios, el *show* del hula-hula no fue tan divertido como el que yo había ofrecido, no dejó de ser un nuevo *boom* que llevó al club de Rob a ser uno de los más famosos en toda California. Y, gracias al éxito conseguido, Robert dio por saldada la deuda que Emily tenía con él.

Ginger, por su parte, no se presentó jamás al concurso de documentales. Su ex, tras recuperar el móvil -el que Emily le revendió a cambio de un dinero que, me confesó, utilizó para hacerse el cambio de *look*-, viralizó un video porno que habían hecho juntos y que tenía en ese teléfono, una venganza hacia Ginger que no salió como esperaba, ya que le dio una fama inmediata y, con eso, innumerables propuestas para hacer cine *hot XXX*, y que Ginger no tardó en aceptar, claro.

Vicky y los mellizos se quedaron con la casa en la que habíamos vivido juntos por doce años, aunque ella sigue en la búsqueda desesperada de otro lobo feroz, ya que, a pesar de intentar volver con Hugh, no soportó un día más los calzones fluorescentes de mi exjefe. O, al menos, eso fue lo que supimos por medio de las buenas lenguas de Hollywood.

Y nosotros, pues...

Emily jamás envió el documental, sino un video de ella misma en el que explicaba que no presentaría su trabajo, puesto que todo estaría mejor contado en «el libro del Tarzán hollywoodense».

Y yo, bueno... Escribí el libro, por supuesto. Y por eso allí estábamos, tal como lo habíamos prometido, en *Hollywood al desnudo*:

«-Intenta volver a peinarte con el estilo lengüetazo de vaca y te juro que, cuando volvamos a la casa, le pido a Gonzo que te muerda los huevos y se encargue de convertir a tu *Anaconda* en su próximo juguete -me dijo Emily en un susurro al verme amagar peinarme hacia el costado antes de salir al aire.

Y claro, opté por dejarlo despeinado y salvaje, tal como venía usándolo desde aquella noche de *striptease* que cambió mi vida.

-¡Y bienvenidos a una nueva edición de *Hollywood al desnudo*! -exclamó la conductora.

-¡Una edición más que especial, pues la promesa se volvió un hecho, Julie!

-¡Es que no podíamos esperar menos de ellos, Mark! ¡Al fin podemos conocerlo en persona! -Se

escucharon gritos y aplausos-. ¡Bienvenido, Adam! ¡Y bienvenida, Emily!

Ambos sonreímos, aunque yo menos natural que ella. A decir verdad, el corazón casi se me salió por la boca.

-Sin dudas que estamos más que felices de que estén aquí, con nosotros y en exclusiva para todo el país -otra vez gritos efusivos-, aunque, lamentablemente, tampoco podrán contarnos mucho, ¿no es cierto, Adam?

-Pues... algo así, Mark. Pero les prometo que cualquier cosa que hubiera podido decirles aquí, en vivo y en directo, jamás hubiera estado mejor contada y con lujo de detalle que en el libro. Créeme -me animé a decir después de que mi corazón latió a mil por hora.

Y se escuchó otro grito de euforia que ambos conductores compartieron.

-¡Wow! ¡Esa sí que es una promesa que no pienso dejar pasar por alto, Mark! -dijo Julie.

-¡Ni yo! -aclaró él-. Y es que, a pesar de que ya haya un muy buen Tarzán que te reemplace, las redes no dejan de exigir saber quién estuvo detrás de ese hombre que desafió la Física con un hula-hula y su... *Anaconda*.

-Pues no solo sabrán eso, sino también por qué -agregó Emily.

-¡Oh, por Dios, Mark! ¡Amo hacer este programa, pero créeme cuando te digo que no veo las horas de que termine para poder devorármelo en una sola noche! -dijo con picardía al tiempo que movió las cejas hacia arriba y abajo.

Todos rieron.

-¡Pues te entiendo, Julie! ¡Me siento igual! -Y volvieron a carcajear-. Está bien, pero al menos necesitamos que nos digan algo para saciar un poco esta sed.

Respiré profundo, aunque ya lo hubiera practicado.

-Pues lo único que puedo decirles, Mark, es que está contado como una novela y, claro, desde mi propia voz.

-¡Oh, cielos! ¡¿Qué más podemos pedir, Mark?! ¡¿Qué más podemos pedir?! -gritó entusiasmada la conductora.

-¡Yo creo que con esto ya nos deja más que con la boca abierta, Julie! Pero eso sí, nos falta lo principal, chicos -expresó mirándonos a los dos-. Necesitamos que, por favor, nos digan el título ¡y ya!

Emily y yo nos miramos, y tras apretarnos las manos, miramos al frente y dijimos al unísono el nombre que, tras la noche del festejo, nos surgió a los dos al mismo tiempo y sin dudar:

-*Mi vida, mis reglas*. Ese es el título, Mark».

Y los gritos de euforia, acompañados de los aplausos, no se hicieron esperar. Claro que no puedo negar que fue muy gratificante escucharlos, pero les aseguro que no fueron el verdadero motivo de nuestra felicidad. Es que con solo esas cuatro palabras, que habíamos elegido para el título del libro, entendimos que los verdaderos sueños son aquellos que no dependen de la aprobación de los demás, porque solo siéndote fiel a ti mismo serás feliz de verdad... aunque a veces implique convertirte en un *stripper* temporal domador de aros hula-hulas...

Como sea, así seguimos con nuestras vidas: haciendo lo que más amamos y amando lo que hacemos, bajo nuestras propias reglas. Y claro, sin dejar de ser esas estrellas que iluminan las noches, pues solo nosotros mismos podemos ser los brillos de esperanza que pueden hacer frente a cualquier oscuridad.

Fin

## Agradecimientos

Estos agradecimientos tendrán un sabor un tanto triste tal vez, pues escribir esta novela, tras perder inesperadamente a una de las personas más importantes de mi vida, implicó un gran desafío para mí.

No voy a dejar de agradecer a la vida por darme esta hermosa oportunidad de vivir, día a día, mi pasión.

Gracias a mi familia por haberme contenido en este contexto tan particular. También a esas pocas pero importantes amistades que han sabido acompañarme. Ustedes saben quiénes son.

Gracias, Lola, por apoyarme y haberme comprendido en esta situación tan difícil.

Gracias a ustedes, lectores, porque al leerme hacen real mi sueño.

Y gracias a vos, ma, porque, estés donde estés, siempre vas a ser mi luz, esa estrella que ilumina mi vida desde siempre y hasta la eternidad.



Si te ha gustado  
*Mi vida, mis reglas*  
te recomendamos comenzar a leer  
*Un amor con jamón*  
de Antonio Sánchez



## Capítulo 1

### Menos cero

Carmen se bajó del autobús sin ganas. Le costó descender por los tres enormes escalones y se tuvo que ayudar sujetándose a una barra lateral. El chaquetón verde, los vaqueros y las botas militares no ocultaban su delgadez. Parecía una adolescente con ropa de adulto. Una ropa que le quedaba grande. En los últimos años se había quedado casi en los huesos. Su piel, que había sido

morena, se había vuelto de un blanco casi traslúcido. A primera vista, nadie hubiera pensado que ya pasaba la treintena, con su metro sesenta y su pelo negro, liso y corto. Solo unos labios gruesos, bien definidos, y unos enormes y ojerosos ojos negros la situaban en la edad adulta. El conductor estuvo a punto de decirle algo gracioso antes de cerrar la puerta, pero la mirada de Carmen lo frenó en seco. Era una mirada de vieja. De vieja cansada. Llevaba viajando todo el día. Primero en autobús, de Sevilla a Granada, y después de Granada a Órgiva. El pueblo de La Alpujarra granadina, donde la habían destinado como profesora de Literatura del instituto.

Cuando pidió su reingreso, tras la excedencia, llevaba tres años sin pisar un aula. Ni ganas. Primero, la baja por depresión cuando le diagnosticaron el cáncer. Después, la quimioterapia, que la dejó sin fuerzas y sin pelo. Lo más duro fue la operación donde le amputaron el pecho derecho. Quizás no. Quizás lo más duro fue ver la cara de Carlos, su marido, tras la operación. Carlos, el amor de su vida con quien pensaba tener hijos y envejecer en algún pueblo de la costa. Nunca olvidará su rostro, la mirada huidiza cuando ella despertó del postoperatorio y él le dijo que todo había salido bien. Que por fin podían decir que habían vencido al cáncer. ¿Habían? ¿Los dos? Y que él se iba. Que ella ya no lo necesitaba y que él no podía soportar más verla en ese estado. Cuando Carmen terminó de despertarse de la anestesia fue consciente de que había perdido un pecho y un marido en el mismo día. También había perdido las ganas de vivir. Tenía treinta años y faltaban dos para que se bajara del autobús en Órgiva. En el mismo momento que supo que sobreviviría al cáncer también supo que no quería seguir viviendo.

Con sus padres fallecidos hacía años fueron sus hermanos pequeños quienes la cuidaron, la animaron y se turnaron para hacer guardias nocturnas. Incluso tirando de amigos lejanos. Una noche Carmen la pasó con un tipo que no conocía de nada y que se presentó como amigo de Antonio, su hermano dos años menor que ella, y que allí estaba para lo que necesitara. Esa noche no necesitó nada.

Su médica le dijo que su cuerpo era sabio, joven y fuerte y que se recuperaría pese a su depresión. Bien por su cuerpo. Ella no se sentía ni sabia, ni joven, ni fuerte. Sí que se recuperó. Le dieron el alta, pero ella se pidió una excedencia. No quería volver a dar clases. No quería volver a hacer nada. Con la excedencia perdía su plaza en el instituto del centro de Sevilla donde había ejercido durante años. Le daba igual. Era funcionaria de carrera. Profesora de Literatura de la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía. Todo eso era. Fue su hermana Cristina, la pequeña, la más lista, que, aprovechando su puesto de directiva en una multinacional en Torre Sevilla -el rascacielos que anuncia al mundo que Sevilla también es moderna y llena de empresas-, le arregló los papeles en la vecina Torre Triana -el edificio con forma de barco de vapor que anuncia al mundo que la Junta de Andalucía representa al Estado en la autonomía más rica y con la gente más pobre de España-. De torre a torre y me como a la reina deprimida.

Cuando formalizó su reingreso tras la excedencia, la funcionaria aburrida de la Consejería le dio a elegir tres destinos por jubilación de sus propietarios. Los funcionarios de la junta envejecen y se jubilan. No se convocan nuevas oposiciones..., las plazas comienzan a quedar vacías, sin nadie

que las cubra. Es una forma discreta de recorte de personal. Sin despedir a nadie..., solo esperando pacientemente a que los funcionarios se hagan viejos y se jubilen o se mueran. Lo que suceda antes. La edad media de los funcionarios de la junta es de cincuenta y cinco años. Más que oficinas administrativas, las dependencias de la Junta parecen hogares del pensionista con muchos papeles y algún ordenador. De los tres destinos, dos eran en la costa de Cádiz y en la costa de Málaga. La envidia de un recién llegado. Pero ella no quería costa. Le recordaba sus planes con su marido. Exmarido, que ya se habían divorciado. El tercero era Órgiva, un pueblo de montaña en Sierra Nevada. Bien. Carmen era sevillana, aunque no la típica sevillana de Semana Santa, Feria de Abril, El Rocío, playas de Huelva y Cádiz. ¿Para qué viajar si Sevilla es la ciudad más hermosa del planeta? No. Carmen iba a la Semana Santa, pero no aguantaba la bulla. Esa enorme cantidad de gente que saturaban las calles. Un par de días a la feria, pero tanto caballo, tanto jinete pijo al más puro estilo señorito andaluz, tantos coches de caballos llenos de gordos ricos y conducidos por pobres disfrazados de criados del siglo XIX le daban ganas de vomitar. Además, el rebujito le sentaba mal. Las playas de Huelva y Cádiz sí le gustaban. No tanto por el mar y la arena, sino porque allí podía practicar su pasión: leer. Un destino en La Alpujarra granadina. Sierra Nevada. Las montañas. Todo eso le sonaba como si la hubieran desterrado a otro planeta. Justo lo que quería.

La funcionaria no le hizo preguntas. Solo le anotó en un *post-it* amarillo la fecha de incorporación: martes 23 de abril. Justo al día siguiente de ese lunes en el que Carmen se acababa de bajar del autobús y recogió la única maleta que llevaba.

Se encontraba al pie de la carretera que atravesaba toda La Alpujarra bordeando la cara sur de Sierra Nevada. Desde Lanjarón, cerca de la autovía que conecta Granada con la costa, hasta Laroles a tiro de piedra de La Alpujarra Almeriense.

Lo primero que notó Carmen fue el aire, fresco, limpio, seco y lleno de olor a flores de la primavera. Iba preparada para el frío con un plumón verde chillón, pero aun así notó que estaba cayendo la noche de una forma inusualmente rápida. «Ya no estás en Kansas, Dorothy». Le decía su rehabilitador que, además de fisioterapeuta, era fan de *El mago de Oz*. Lo que traducido quería decir «adáptate a la nueva situación». No, aquello no era Kansas ni Sevilla. En Sevilla el atardecer dura horas y allí parecía que fuera a toda velocidad.

Lo segundo que llamó la atención de Carmen fueron las montañas nevadas que contrastaban con un cielo azul moteado de nubes grises. Con una nieve blanca que iba cambiando a rosa conforme atardecía. Nunca había estado en la nieve. A sus treinta y dos años, lo más cerca de la nieve que había estado fueron los hielos que flotaban en su *gyn-tonic* cuando los sábados por la noche ella y su exmarido seguían la rutina de *pizza*, película, copa y sexo.

-Qué suerte tienes -escuchó una voz ronca a su lado.

Carmen dejó de mirar las montañas y vio al tipo que la estaba observando. Era un pastor que le sonreía a unos metros. Había unas cincuenta cabras masticando la hierba que crecía salvaje en el borde de la carretera. El tipo aparentaba unos cuarenta años, por la cara curtida por la intemperie,

la barba castaña y descuidada y una media melena que le sobresalía de la capucha que llevaba bajada hasta los ojos. Pero no tenía canas, así que el envejecimiento parecía prematuro debido al oficio. Lo más extraño de la indumentaria del pastor era la capa de loneta verde caqui con capucha, parecía sacada de algún excedente de un ejército desaparecido, y el largo bastón en el que se apoyaba. Debía ser alto, más de metro ochenta. Un perro pequeño de raza border collie estaba tumbado a sus pies y la miraba con la misma intensidad y la misma sonrisa que el pastor.

Carmen había perdido un pecho y un marido..., a cambio, había ganado una depresión que le había quitado las ganas de vivir. También había ganado una rabia continua y enorme. Un cabreo como para mover camiones. Un enfado de los del Antiguo Testamento. Una mala leche que controlaba, pero no siempre. Antes del desastre la Consejería ofreció cursos de defensa personal al profesorado. Las relaciones con los alumnos y los padres se estaban deteriorando mucho y todos los años había que lamentar alguna agresión a profesores en el cumplimiento de sus labores docentes. El director general de Personal hizo cuentas y averiguó que era más barato pagar las defensas en los juicios por altercados que cubrir las bajas por lesiones de todo tipo de los profesores. A Carmen le supo a poco el cursillo y se apuntó al único gimnasio de Sevilla donde se daban clases de boxeo a mujeres. Nada de artes marciales orientales, ni kung-fu, ni karate, ni taekwondo... Boxeo, el arte occidental de dar puñetazos. Se le daba bien y le dejaba una figura que era la envidia de sus compañeras en la sala de profesores. Cuando le diagnosticaron el cáncer dejó de ir al gimnasio.

Al ver la sonrisa del pastor, Carmen cerró el puño derecho. Le pareció escuchar la voz nasal y aguardentosa de su entrenador: «Atenta, con el puño derecho no», y la de su fisioterapeuta: «Esto no es Kansas, Dorothy». Cómo llegó a odiar a Dorothy. Pero ambos, entrenador y fisioterapeuta imaginarios, tenían razón. La amputación del pecho derecho le había dejado secuelas en el movimiento del brazo. Tenía que moverlo con cuidado y procurar no coger demasiado peso. Normalmente, no notaba la diferencia con el brazo izquierdo, pero soltar un derechazo no parecía buena idea. Bien. El izquierdo entonces. Usaría el derecho para la guardia y para hacer un amago que despistara al pastor barbudo y el izquierdo para arrearle un puñetazo, de los que te tumban con los pies para arriba, al pastor de mierda que seguía sonriéndole. A ver si tumbado mirando al cielo y contando estrellitas seguía con ganas de sonreírle. Comenzó a colocar los pies en posición, separación de medio metro, rodillas flexionadas, rostro impasible.

-Mucha suerte -insistió el pastor señalando con el dedo índice de su mano derecha a su ausente pecho derecho.

No pudo disimular su ira y apretó la mandíbula. ¿Cómo se atrevía el pastor ese a decirle que tenía mucha suerte señalándole el pecho que le habían amputado? En lugar de su hermoso pecho solo quedaba una cicatriz horizontal. Una marca que indicaba que Carmen ya no era una mujer completa. Una especie de raya al lado de su pecho izquierdo. Su único pecho ahora, ni grande ni pequeño, pero sí redondo y hermoso. Como lo había sido su pecho derecho. La primera vez que se vio la cicatriz pensó en una raya y un cero. Un -- 0. Menos cero. O sea, algo por debajo de un

cero. Lo que ella era a partir del día que la operaron y su marido la abandonó. Un número negativo. Menos que un cero. Menos que nada. Menos cero. Por primera vez desde que pensaba que ella era menos cero no comenzó a llorar hasta quedarse dormida. Se sintió llena de ira, no de autocompasión. Le iba a dar un puñetazo con todas sus fuerzas en la nariz al pastor. Sin mediar palabra. Por sorpresa. Sin pensar en qué pasaría después. Un puñetazo fuerte, violento, liberador. Solo tendría que dar un paso en dirección al pastor y PUM. Iba cargando el brazo izquierdo lentamente hacia atrás apretando cada vez más el puño al observar que el pastor no dejaba de mirarle el pecho derecho y sonreía.

Un momento. El pastor no podía saber que le faltaba un pecho. El chaquetón de plumas era grueso y no resaltaba sus pechos, pero además esa mañana, como todas las mañanas, se había puesto relleno en la copa derecha del sujetador. De forma que con una camiseta ajustada no había diferencia entre la forma de su pecho izquierdo, calor y carne, y su pecho derecho, ausencia y algodón. ¿Entonces, qué miraba ese tipo y a qué venía tanta suerte y tanta sonrisa?

Carmen bajó la mirada a su pecho derecho y vio allí posada una mariposa de varios colores. Rojo, azul, verde, amarillo. Era una mariposa enorme que le cubría todo lo que antes fuera su pecho. Movía lentamente las alas como para que todo el que la viera supiera que era la belleza hecha lepidóptera. Tenía unos círculos de colores en las puntas de las alas. Como si fueran ojos que la miraban. Era una imagen hipnótica. Esos ojos en las alas moviéndose como asintiendo, como indicándole que hiciera algo de una forma persuasiva, suave, cariñosa y alegre. Y Carmen hizo algo. Quizás porque era lo que le pedían los ojos pintados en las alas de la mariposa. Quizás porque su cuerpo, joven y sabio, ya lo reclamaba desde hacía años... No supo bien por qué, pero Carmen sonrió por primera vez desde que perdió un pecho y un marido en el mismo día.

La mariposa, cumplida su misión, alzó el vuelo y se perdió valle abajo. El pastor siguió con la mirada el vuelo de la mariposa y volvió a sonreír a Carmen. Sin mediar palabra comenzó a caminar también valle abajo seguido de sus cabras y el perro, que no dejaba de lanzar largas miradas a Carmen.

Ella los vio alejarse. Giró sobre sus pies, agarró con fuerza la maleta y se encaminó al centro del pueblo. Era plenamente consciente de que algo había cambiado en su interior porque no podía dejar de sonreír.

## Mi vida, mis reglas



Adam Style, empleado administrativo de un periódico de la ciudad de Los

Ángeles, pierde el trabajo y es abandonado por la esposa en el mismo día.

Frustrado, se lanza al único lugar en donde siente que es escuchado: un club de *striptease*, que no es más que el negocio de su mejor amigo.

Pero nada será como siempre, pues descubre que hay personas más desafortunadas que él (o eso cree) al cruzarse con Emily Blond, una joven aspirante a documentalista.

Los caminos de ambos parecen muy distintos y lejanos, pues Adam solo desea recuperar su vida, y Emily..., ganar dinero. Pero, tras un penoso *show* de *strippers*, comparten sus penas y, en contra de todo tipo de pronóstico, surge una loca idea que cambiará el destino de ambos.

**Julianne May** nació en diciembre de 1985, en Buenos Aires, Argentina, lugar en el que reside con su marido, su hija y su perrita.

Le encanta estudiar, es titulada en RRPP y actualmente está cursando Filosofía. Le apasiona el cine y la literatura. Su primer libro, el que jamás olvidará, es *Azabache*, de Anna Sewell, que no pudo leer hasta más mayor, pero del que inventó su propia historia con sus imágenes. Tampoco olvidará que La Cenicienta fue la primera película que vio montones de veces en su infancia.

Son muchos los géneros de lectura que le gustan, sin embargo, las novelas románticas son las que le encantan... ¡y escribirlas aún más!

Los animales son una de sus debilidades. Su color favorito el violeta y la cocina una de sus pasiones, aunque está convencida de que es una cuestión de karma.

Su sitio web: [www.juliannemay.com.ar](http://www.juliannemay.com.ar)

Edición en formato digital: agosto de 2020

© 2020, Julianne May

© 2020, , S. A. U.

Travessera de Gràcia, . Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN:

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# NOTAS

## Capítulo 1

[1] Perdedor.

[2] Forma abreviada e informal de *brother* (hermano) que suele utilizarse en conversaciones de amigos o de confianza.

[3] Ajustada al cuerpo.

[4] Se refiere a una medida que se usa para servir tragos y bebidas.

## Capítulo 2

[5] «Estilo», en inglés, es *style*, como el apellido del protagonista.

[6] Discursos.

## Capítulo 3

[7] Persona que, a modo de espectáculo, baila y se desnuda de a poco.

[8] Persona que atiende a los clientes en la barra de un bar o local de ocio.

[9] Frenos, aparatos dentales que se utilizan para alinear la dentadura.

[10] Personaje de Stars Wars. Es un sapo obeso del tamaño de un humano.

[11] Vagabundo, persona que carece de casa y empleo.

[12] Personaje de *Transformers*. Es uno de los más pequeños autobots, un robot de color amarillo que se puede transformar en el redondeado automóvil conocido como escarabajo o Volkswagen Beetle.

[13] Personaje de *The Muppets*. Es una cerdita, caracterizada por su cabellera rubia, que está segura de que su destino es el estrellato.

[14] Personaje de una comedia británica. Se caracteriza por sus gestos torpes e ingenuos. Siempre se ve envuelto en situaciones complicadas y graciosas. Su cabello lo tiene peinado hacia un lado.

[15] Infierno de Las Vegas.

## Capítulo 4

[16] Personaje de *The Muppets*. Se caracteriza por ser de color azul y por su enorme y larga nariz.

[17] Juego que consiste en hacer girar un aro alrededor de la cintura al mover las caderas.

## Capítulo 5

[18] Kermit, la rana, es un personaje de *The Muppets*. Miss Piggy (una cerdita) suele ser conocida como su novia.

# Índice

Mi vida, mis reglas

Nota editorial

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Julianne May

Créditos

Notas